

ROWAN

Emily Rodda



LA PROFECÍA DE LA
BRUJA SHEBA

se

El río que atraviesa el pueblo de Rin se ha secado y ha dejado sin agua a todos sus habitantes. Ahora, con la misión de averiguar qué sucede, siete hombres emprenden una peligrosa expedición hasta La Montaña, un lugar al que nunca nadie ha osado acercarse y donde habita un dragón terrible y poderoso. Contarán, únicamente, con la ayuda de un extraño mapa que les ha ofrecido la bruja Sheba y que solo el tímido Rowan será capaz de descifrar.



Emily Rodda

La profecía de la bruja Sheba

Rowan-1

ePub r1.0

fenikz 04.02.14

Título original: *Rowan of Rin*
Emily Rodda, 1993
Traducción: Eduardo García Murillo
Ilustraciones: Matt Wilson

Editor digital: fenikz
ePub base r1.0



El mundo de Rowan



DETALLE DE RIN Y ALREDEDORES



1 La asamblea



Una mañana, el pueblo de Rin despertó y descubrió que el río que bajaba de la Montaña y atravesaba su aldea se había convertido en un hilillo de agua. Al anochecer, incluso aquel ínfimo caudal había desaparecido. La rueda del molino quedó inmóvil. No había agua que hiciera girar sus pesadas palas. La charca de los bukshah, al otro lado del pueblo, se había secado casi por completo.

El segundo día no se produjo ningún cambio, ni tampoco el tercero. El cuarto día, el agua que quedaba en la charca era espesa y de un tono marrón. Los bukshah menearon sus pesadas cabezas y patearon el suelo cuando fueron a beber por la mañana y por la noche.

Al cabo de cinco días, la charca era tan poco profunda que hasta la pequeña Annad, de cinco años de edad, tocaba el fondo con la mano sin mojarse la manga. Y seguía sin llegar agua.

La noche del sexto día, los preocupados habitantes del pueblo se reunieron en la plaza del mercado para parlamentar.

—Los bukshah no han bebido en todo el día de hoy —dijo Lann, la persona de más edad del pueblo, y en otro tiempo una gran guerrera—. Si no actuamos pronto, perecerán.

—Estrella no —susurró Annad a su hermano, que era el pastor de los bukshah—. Estrella no morirá, ¿verdad, Rowan? Porque le darás agua de nuestro pozo.

—Los bukshah no pueden beber de nuestro pozo, Annad —dijo Rowan—. No es lo bastante dulce para ellos. Los pone enfermos. Solo pueden beber el agua que baja de la Montaña. Siempre ha sido así. Si el río se seca, Estrella morirá, al igual que los demás.

Annad se puso a llorar en silencio. Los niños de Rin no debían llorar, pero Annad era muy pequeña y quería mucho a Estrella. Rowan clavó la vista al frente. No había lágrimas en sus ojos, pero el pecho y la garganta le dolían de tristeza y de miedo. La tristeza era por Estrella, su amiga, la más dulce y fuerte de los bukshah. Y por todas las demás bestias, grandes, chepudas y lanudas, a cada una de las cuales conocía por su nombre. Pero el miedo era por él. Por él, y por Annad, y por su madre, y en realidad por todo el pueblo.

Rowan sabía, a diferencia de Annad, que sin los bukshah no tendrían leche cremosa para beber, ni queso, cuajada y mantequilla para comer. No habría gruesa lana gris para hacer vestidos. No tendrían ayuda para arar los campos, ni para cargar la cosecha. No habría lomos anchos que acarrearían la carga durante los largos viajes hasta la costa para comerciar con el inteligente y silencioso pueblo de Maris. La vida de Rin dependía de los bukshah. Sin ellos, el pueblo también moriría.

Annad no podía imaginar el valle sin el pueblo. Pero Rowan sí. Mientras leía las viejas historias en la casa de los libros, o escuchaba medio dormido a Timón bajo el árbol de la

Sabiduría y, sobre todo, sentado en la hierba junto al río, mientras los bukshah pacían a su alrededor en el silencio de la mañana, había imaginado con frecuencia este lugar cuando los primeros colonos se establecieron.

Cientos de años antes habían ascendido las colinas, cargando a la espalda sus pertenencias, en busca de algún lugar en esta extraña tierra que pudieran reclamar para sí. Habían llegado de muy lejos, del otro lado del mar, y habían luchado contra un terrible enemigo. Al llegar a la costa, se habían enterado de la existencia, por mediación del pueblo nómada nativo conocido como los Viajeros, de un lugar situado al pie de una montaña inaccesible, tierra adentro. Habían vagado durante muchos días en su búsqueda. Estaban muy cansados. Algunos habían perdido toda esperanza. Y entonces, una tarde, ascendieron un promontorio y miraron abajo. Encajado entre una altísima montaña y la colina sobre la cual se erguían, había un verde valle escondido.

La gente lo miró sin habla. Vieron árboles cargados de extraños frutos azules, campos de flores que no reconocieron. Vieron un río, y una charca, y un rebaño de extrañas bestias grises que alzaron la cabeza para mirar, con sus cuernos brillando al sol. Vieron silencio, serenidad, tierra fértil y paz. Entonces, supieron que aquel era el lugar. Aquel sería su hogar. De modo que bajaron y se mezclaron con los grandes y pacíficos animales, mansos e impertérritos. Los llamaron bukshah.

—El río baja desde la Montaña —dijo Branden, la ebanista, y su voz estentórea interrumpió los pensamientos de Rowan. Vio que acuchillaba el aire con su dedo romo y señalaba—. De manera que el problema debe residir ahí arriba. Ahí arriba, algo no va bien. Algo impide que fluya.

Todos los ojos se volvieron hacia la Montaña que se alzaba sobre el pueblo, con la cumbre siempre envuelta en nubes.

—Hemos de escalar la montaña y averiguar qué pasa —continuó Bronden—. Es nuestra única oportunidad.

—¡No! —Neel, el alfarero, negó con la cabeza—. No podemos escalar la Montaña. Ni siquiera los Viajeros se aventuran allí. Terribles peligros aguardan al que ose acercarse. Y en la cumbre..., el Dragón.

Bronden resopló.

—¡Estás hablando como un Viajero chiflado, Neel! El Dragón no existe. El Dragón es un cuento que se cuenta a los niños para que se porten bien. Si existiera un Dragón, lo habríamos visto. Habría atacado a los bukshah... y a nosotros.

—Tal vez va a cazar a otro sitio. No lo sabemos, Bronden. —La voz risueña y agradable de Allun, el panadero, se alzó sobre los murmullos de la multitud—. Y perdonadme por hablar como un Viajero chiflado, pues siempre recordáis que mi padre lo era. Permitidme refrescaros la memoria. —Su rostro, por lo general sonriente, se ensombreció cuando miró a Bronden—. Sabemos que oímos su rugido casi todas las mañanas y todas las noches. Y que vemos su fuego en la nube.

Bronden puso los ojos en blanco con expresión despectiva, pero Rowan se estremeció. Cuando cuidaba de los bukshah en las frías y oscuras mañanas de invierno, y por las noches, después de

que el sol se hubiera puesto tras la Montaña, había oído el sonido del Dragón. También había visto su fuego, en el cielo, por encima de la nube. En esos momentos, los bukshah se removían mostrando su inquietud. Las crías bramaban, y sus mayores pateaban el suelo, dilataban las ventanas de la nariz y se acurrucaban unos contra otros, atemorizados. Incluso Estrella gemía cuando el Dragón rugía, y cuando él le acariciaba el cuello para calmarla, sentía sus músculos tensos bajo la larga y suave lana.

De pronto, cayó en la cuenta de algo. Algo en lo que nadie parecía haber pensado. Debía hablar. Se puso en pie, nervioso. Los aldeanos le miraron con curiosidad. ¿Qué podía decir Rowan, el tímido y timorato pastor de los bukshah?

—El Dragón no ha rugido desde que el río se secó —dijo Rowan—. Ni por las mañanas, ni por las noches.

Habló a pleno pulmón, pero el silencio se impuso a su voz. Se sentó de nuevo en su sitio.

—¿Es así? —Allun paseó la mirada alrededor del círculo—. ¿El chico se equivoca?

—No —dijo Bronden—. Ahora me acuerdo. Hace días que no se oye ningún sonido procedente de la Montaña. —Alzó la cabeza—. Por lo tanto, estoy en lo cierto. Algo pasa ahí arriba. Ya os he dicho lo que debemos hacer.

—Pero no podemos hacerlo —insistió Neel, temeroso—. La Montaña es demasiado empinada, demasiado peligrosa. No podemos escalarla.

—¿Alguien lo ha intentado alguna vez? —preguntó Allun.

—¡Sí! —dijo Marlie, la alta y tiesa hilandera y tintorera de ropa—. En tiempos pretéritos, algunas personas escalaron la Montaña, en busca de nuevos frutos que plantar en nuestro huerto. Pero nunca regresaron. Después de eso, la gente de Rin hizo caso de la advertencia y se olvidó de la Montaña.

—¿Lo veis? —estalló Neel—. ¿Lo veis? Si escalamos la Montaña, moriremos.

—Pero Neel —tronó Bronden—, si no escalamos la Montaña, también moriremos.

—Bronden tiene razón. Hemos de tomar una decisión —dijo Jonn *el Fuerte*, que se cuidaba del huerto—. O nos quedamos aquí, con la esperanza de que el río vuelva a fluir por voluntad propia, o escalamos la Montaña y tratamos de resolver el problema que impide al agua bajar hasta nosotros. ¿Cuál es nuestra decisión? ¿Irnos o quedarnos?

—Debemos ir —replicó Marlie—. No podemos quedarnos sentados y dejar que la muerte se apodere poco a poco de nuestro pueblo. Yo voto por ir.

—¡Y yo! —gritó Bronden.

—¡Yo voto que sí! —dijo Jonn *el Fuerte*.

—Yo también —añadió Allun con displicencia.

—¡Sí! ¡Estamos de acuerdo! —gruñó Val, la molinera, quien había estado escuchando en silencio protegida por las sombras, codo con codo como siempre con Ellis, su hermano gemelo. Val y Ellis trabajaban juntos en el molino, molían el grano hasta transformarlo en harina, y *no* cesaban de limpiar el gran edificio de piedra, para que no se viera en sus paredes ni un grano de tierra, ni la más diminuta telaraña. Jiller, la madre de Rowan, decía que desde su infancia nadie los había visto separados.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Los aldeanos se fueron levantando uno a uno. Rowan contempló los rostros familiares, ahora tan serios y graves. Maise, la cuidadora de los libros, estaba de pie, junto con su hija y su hijo. También Timon, el maestro, y Bree y Hanna, a cargo de los jardines. Lann, con el pelo blanco, se apoyaba en su bastón detrás de ellos. Hasta el gordo y fofo Solía, que elaboraba caramelos y pasteles y jamás podía resistirse a su arte culinario, se había puesto en pie con un esfuerzo. Entonces, Rowan vio que Jiller se ponía en pie poco a poco y se les sumaba. Se acercó a ella con el corazón martilleando de temor.

Al cabo de poco, solo continuaban sentados Neel, el alfarero, y cuatro personas más.

—Está decidido —gritó Bronden con aire triunfal—. Nos armaremos y partiremos al amanecer.

—¡Espera! —dijo Marlie—. No podemos ir sin consultar a Sheba.

—¿Esa vieja loca? ¿Esa hilandera de pesadillas infantiles y sanadora de dolores de estómago? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Sheba es vieja, Bronden, pero no está loca —afirmó Marlie—. Como cualquiera que haya curado de alguna enfermedad gracias a sus remedios te podrá asegurar. Sheba no solo sabe de hierbas y hechizos. Comprende la Montaña de una forma que tú y yo nunca lograremos. Sheba conoce el camino que sube a la Montaña. El camino secreto que le enseñó la anterior Mujer Sabia. Hemos de pedir ayuda a Sheba.

—Buena idea —admitió Jonn *el Fuerte*.

La gente murmuró. Muchos no confiaban en la Mujer Sabia, Sheba. Vivía sola al otro lado del huerto, recogiendo hierbas y similares, y vendiendo medicinas, ungüentos y tintes que pergeñaba para ellos. Pocas veces hablaba con alguien, aparte de la gente con la que comerciaba. Y cuando lo hacía, su conversación no era agradable. Los hijos de Rin eran fuertes, como todos los de su raza, pero tenían miedo de Sheba, y no la llamaban Mujer Sabia, sino Bruja.

—¡Venga ya! ¿Qué daño puede hacer? —gritó Allun, sonriente—. Si la vieja puede decirnos algo, cosa que dudo, tanto mejor. Si no, no habremos perdido nada.

—¡Insensateces de Viajeros! —replicó Branden—. Esto no es un juego, Allun, el panadero. ¿Por qué no...?

—¡Basta! —gritó la vieja Lann. Miró a Branden, quien frunció el ceño—. Nos vamos a aventurar en lo desconocido —dijo con seriedad—, y el tiempo apremia. No podemos desperdiciarlo en tontas discusiones. ¿Quién conoce mejor a Sheba?

—Yo la conozco —dijo Jonn *el Fuerte*—. Recoge una hierba que crece bajo los árboles de bayas del huerto.

—Yo comercio con ella —dijo Marlie—. Sus tintes púrpura y azul a cambio de tela.

—Entonces, id vosotros dos y pedidle el favor —resopló Branden—, puesto que tan ansiosos estáis.

Les dio la espalda.

—Esperaremos aquí vuestro regreso —dijo Allun—. Daos prisa. Hay mucho que planear. —Rio—. Y no se os ocurra insultarla. Al igual que Bronden, es una mujer de armas tomar.

Jonn *el Fuerte* miró a los aldeanos y señaló. Rowan pegó un bote. ¡El dedo de Jonn le estaba apuntando a él!

—Rowan —dijo Jonn *el Fuerte*—. ¡Conejito, pastor de los bukshah! Corre a buscar dos quesos a la fresquera. Los quesos más curados y fuertes del último estante. Llévalos a la cabaña de Sheba. A la vieja le gustan mucho los buenos quesos. El regalo suavizará su mal carácter.

Rowan le miró boquiabierto, sin moverse. Sheba le producía terror. Su madre le dio un codazo.

—Yo iré —dijo la pequeña Annad, que estaba a su lado—. Yo no estoy asustada.

Se elevaron risas del gentío.

—Vete, Rowan —le urgió Jiller en un susurro—. Haz lo que te piden. ¡Ya!

Rowan se alejó corriendo y desapareció entre la muchedumbre.

—Ese chaval se asusta de su propia sombra —oyó que le murmuraba la molinera a su hermano Val, cuando el pastor pasó a su lado—. Nunca será como su padre.

Ellis masculló algo a modo de asentimiento.

Rowan siguió corriendo, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

2 ∞ Sheba



Rowan estaba jadeando cuando llegó a la fresquera. Subió la escalera tembloroso y bajó los dos quesos más maduros del estante. La fresquera estaba llena de quesos, tinajas de requesón blanco, mantequeras. Comida abundante para todo el mundo. Pero no por mucho tiempo, si nuevas provisiones no sustituían a las que se iban consumiendo.

Salió de la fresquera y corrió hacia el huerto, detrás del cual estaba la cabaña de Sheba. Oyó el sonido de la multitud que todavía estaba congregada en la plaza del mercado, y se alegró de no tener que pasar por allí otra vez. Cuando llegó a las afueras del pueblo, pensó en lo que Val había dicho. Empezó a moverse entre los arbustos, tropezando con la hierba irregular y esquivando las ramas retorcidas. Pensó en Sefton, su padre.

Sefton había llegado tarde del mercado una noche, justo después de que naciera Annad, y descubrió que su casa estaba ardiendo. Un tronco se había caído del hogar y había prendido fuego al primer piso. Las llamas estaban lamiendo la escalera y el humo invadía toda la casa. Sefton había pedido ayuda a gritos, y después subió la escalera en llamas. Había sacado a la inconsciente Jiller y al bebé de sus camas, para luego ponerlos a salvo. A continuación, cuando las llamas alcanzaron mayor altura y el calor se hizo más sofocante, se enrolló una manta a la cabeza y volvió a la casa en busca de Rowan, que dormía en el ático. Nadie pudo detenerle, dijeron más tarde, aunque el calor y el humo repelían a todo el mundo. Incluso a los gigantescos molineros, Val y Ellis. Incluso a *Jonn el Fuerte*, el amigo de Sefton.

Vieron a Sefton en la ventana del ático con Rowan en sus brazos. Le vieron abrir los postigos y le oyeron gritar. Corrieron a atrapar lo que les arrojaba, su hijo, que chillaba aterrorizado, envuelto en la alfombra de su cama. Y después oyeron un gran estrépito y vieron cómo el tejado se hundía envuelto en llamas. *Jonn el Fuerte*, que acunaba a Rowan en sus enormes brazos, lanzó un grito de dolor. Sefton había salvado a su familia. Pero los había abandonado para siempre.

Rowan creció sabiendo que su padre había muerto para salvarle. También sabía que, si bien nadie lo decía abiertamente, mucha gente del pueblo de Rin pensaba que el intercambio no había sido justo. Ahora, los aldeanos eran granjeros y comerciantes, pero descendían de grandes guerreros. En su época, cuando Rin había sido amenazada, muchos de los viejos habían luchado para defenderla. La Guerra de las Llanuras estaba viva en sus recuerdos, y documentada en docenas de volúmenes en la casa de los libros. El pueblo de Rin estaba orgulloso de su tradición de valentía.

Todos los niños del pueblo aprendían a temprana edad a correr, trepar, saltar, nadar... y luchar. Rowan se había adiestrado con los demás, pero nunca había destacado en nada. Siempre había sido pequeño para su edad. Siempre había sido tímido.

Y desde la noche del incendio se había mostrado más silencioso y nervioso que antes. Val tenía razón, pensó. Nunca sería como su padre. Tampoco poseía la energía de su madre, que desde la muerte de su esposo había trabajado con mayor ahínco, arando los campos de trigo con Estrella, plantando y recogiendo la cosecha, y llevándola al molino.

A Rowan le habían adjudicado la tarea de pastorear a los bukshah porque era fácil. Cuidar de las grandes y pacíficas bestias no exigía un brazo fuerte o una gran valentía. Solo en una ocasión, muchos años antes, una pastora de bukshah había sufrido un percance. Cerraron la mina en la que había caído cuando intentaba salvar a una cría extraviada. Un niño mucho más pequeño que Rowan habría podido hacer el trabajo, pero eso le permitía estar con sus bestias, y estaba agradecido por ello.

Los bukshah le querían y conocían su voz. Le miraban con sus dulces ojos castaños y le acariciaban la mano con el hocico cuando estaba triste, como si conocieran sus cuitas. A cambio, él procuraba hacer su vida cómoda, aprendía a curar sus enfermedades, curaba sus cortes y contusiones como su madre curaba las de él, purgaba de erizones y espinas su vello lanudo. Cuando las nieves de invierno llegaban al valle, daba cobijo a los viejos y débiles, pues sabía que los vientos gélidos podían matarlos, y no podía permitirse el lujo de perder ni siquiera uno. En la primavera, cuando el huerto florecido endulzaba el aire, corría a jugar con las crías, y llevaba puñados de guisantes nuevos que robaba de los jardines cuando nadie miraba.

Rowan escuchó. Oyó a las bestias en el campo cercano. Emitían ruidos y resoplaban, mientras el sol empezaba a ocultarse tras la Montaña. Ojalá estuviera con ellas, en lugar de tropezar con sus propios pies en el huerto, con los brazos cargados de sendos quesos aromáticos y la cabeza llena de temores vergonzosos.

Atravesó la valla que marcaba los límites del huerto, y sus pasos disminuyeron de velocidad cuando vio la luz que parpadeaba en la cabaña de Sheba. Pese al frío aire nocturno, la puerta estaba abierta, y sombras gigantescas oscilaban y reptaban sobre la extraña hierba pálida que crecía delante. Se puso a temblar otra vez al acercarse.

Dos de los hijos de Bree y Hanna le habían dicho una vez que Sheba podía convertirte en una babosa grande si así le placía. Señalaron las babosas que estaban recogiendo de las hojas de calabaza.

—En otro tiempo fueron personas —dijeron—. Mira, esta es nuestro tío Arthal. Lo reconocemos por la mancha de la frente. Dio a la Bruja un tomate podrido a cambio de una medicina para el dolor de vientre. Un tomate podrido en una bolsa con otros veinte. Ella le hizo eso. Adiós, tío Arthal. Hola, tío Babosa. ¿Quieres darle un beso?

Empujaron el animal serpenteante hacia la boca de Rowan, y le abuchearon cuando este salió corriendo.

Rowan sabía que le habían tomado el pelo. Lo sabía a ciencia cierta, pero a veces, cuando estaba en la cama de noche, o si un bukshah se extraviaba y tenía que acercarse a la cabaña de Sheba para alcanzarlo, recordaba la historia de los niños, así como la gorda y lenta babosa con la mancha en la frente, y se estremecía.

Oyó voces mientras avanzaba entre las sombras. Jonn *el Fuerte* y Marlie. Y otra voz, cascada y

grave: Sheba.

—El río baja desde la cumbre de la Montaña, por encima de las nubes —estaba diciendo—. Fluye hacia Rin bajo la tierra y la roca. Por eso debéis subir a la Montaña, hasta la misma cumbre, mis buenos amigos. ¡Y nadie conoce el camino secreto, salvo Sheba!

Sonó su risa burlona.

Rowan pensó en dejar los quesos en el peldaño de la puerta y correr hacia casa, pero, cuando avanzó un paso, una ramita crujió bajo su pie.

—¡Por fin! —Jonn *el Fuerte* asomó la cabeza por la puerta. Apoyó el brazo en la espalda de Rowan y le empujó al interior—. El chico con los quesos. Nuestro regalo para ti, Sheba —dijo efusivamente—. A cambio de que nos reveles el camino.

La mujer sentada junto al fuego olfateó el aire y emitió un sonido de codicia.

—¡Los quesos! —se refociló. Después, frunció el ceño y entornó los ojos—. Tráelos aquí —ordenó—. Más cerca, chico.

Rowan vaciló. Marlie, que estaba a su lado, le propinó un leve empujón. Notaba los pies como si fueran piedras. Los obligó a avanzar paso a paso.

—¿Qué estás escondiendo? —preguntó con brusquedad Sheba, medio levantada de la silla—. ¡He dicho más cerca, chico! Ven aquí y deposita esos famosos quesos en mi regazo. Porque ¿cómo sé que no me estáis engañando, engatusándome con alimentos de segunda clase?

—Son los mejores que tenemos, Sheba —dijo Marlie—. El propio Rowan los eligió de la estantería más alta de la fresquera. Te gustarán.

—Eso dices tú —gruñó Sheba. Encorvó los hombros y miró fijamente a Rowan. Sus ojos parecían rojos a la luz del fuego. Llevaba un trapo púrpura alrededor de la frente, y su pelo colgaba en delgadas trenzas grises en torno a su cara. Olía a ceniza y polvo, hierbas amargas y paño viejo. Rowan llegó a su silla, depositó los redondos quesos amarillos sobre su regazo y retrocedió a toda prisa, para refugiarse de aquellos terribles ojos incandescentes detrás de la alta figura de Marlie. ¿Y si había elegido mal? ¿Y si aquellos quesos no estaban buenos? ¿Y si Sheba pensaba que su intención era engañarla?

La anciana levantó la vista.

—Son buenos —dictaminó—. Tanto como dijiste que serían, Jonn del Huerto.

—Por supuesto.

Jonn *el Fuerte* le dedicó una reverencia.

—Bien, Sheba —dijo Marlie con firmeza—. ¿Nos dirás lo que deseamos saber?

—¡Ah, valiente Marlie! —Sheba lanzó una risotada desagradable. Sacó algunos leños de una cesta que tenía al lado y los arrojó al fuego. Se reanimó cuando los leños se encendieron, y las sombras bailaron sobre su rostro cuando se volvió hacia los visitantes—. Valiente cuando tejes tu tela en la seguridad de tu casa y sueñas con la gloria. Pero ¿serás valiente en la Montaña? La Montaña sabe cómo domar a chicas valientes como Marlie, si tienen la imprudencia de medir sus fuerzas con ella. Tiene sus recursos..., muchos recursos..., como descubrirás a su debido tiempo, Rowan sintió que Marlie se ponía tensa y sus mejillas se teñían de carmín.

—¡Y Jonn! ¡Jonn *el Fuerte*, guardián de los árboles! ¡Un hombre alto y apuesto! —se burló la

vieja, sin hacer caso de Marlie—. Ahora vienes a pedirme favores, pero ¿qué eras tú hace tiempo, sino un niño pequeño con el trasero al aire que llorabas siempre que Sheba pasaba a tu lado? —Reveló sus largos dientes marrones esbozando una espantosa sonrisa—. La Montaña no pondrá a prueba tu fuerza, Jonn. La destruirá. Como ha destruido la fuerza de hombres dos veces más valientes que tú. Te retorcerás y balbucearás como un niño en las garras de la Montaña. Pero la Montaña no te soltará.

Siguió un momento de silencio. Rowan estaba paralizado de horror.

Jonn *el Fuerte* rio. Después, plantó las manos en las caderas y habló a la anciana con severidad.

—¡Basta de cuentos, Sheba! —dijo—. No los malgastes con Marlie y conmigo. Rowan es el único que les tiene miedo. No deberías pensar que somos lo bastante tontos para seguir su ejemplo. Mira, le has dado un susto de muerte, pobre conejito escuchimizado. ¡Además, te ha elegido unos quesos excelentes! Deberías pedirle perdón.

Sheba continuaba sonriendo, pero había un brillo escarlata en sus ojos.

—Ríete, pues, Jonn —se burló—. Si el chico es el único asustado, es el único con sentido común. ¡Que te guiara él no te haría daño! —Introdujo de nuevo la mano en la cesta—. De modo que es cierto que debo pedirle perdón —rio. Después, veloz como una serpiente, arrojó un leño hacia Marlie, quien gritó y saltó a un lado, asustada, dejando que el leño alcanzara de pleno a Rowan.

Rowan retrocedió y estuvo a punto de caer, con el leño aferrado ahora en la mano. Ya empezaba a manar sangre de una herida en su frente. Jonn *el Fuerte* lanzó una exclamación de ira y avanzó con los puños apretados.

—Un regalo de Sheba —gruñó la anciana—. Y te pido perdón, Rowan de los Bukshah.

—¡Has ido demasiado lejos, Sheba! —tronó Jonn *el Fuerte*.

Ella frunció los labios.

—¿De veras? —dijo—. Bien, tal vez deberíamos dar por concluida esta reunión.

—No hasta que nos hayas dicho lo que hemos venido a oír —gritó Marlie, refugiada en las sombras—. ¡Y de prisa! Hay que curar la frente del muchacho.

—Es solo un rasguño —dijo Sheba con placidez—. De todos modos, me estoy cansando. Estoy harta de vuestro infantilismo. Os diré lo que necesitáis saber... en la medida de mis posibilidades. Esperad.

Se reclinó en la silla y entornó los ojos. Acarició con las manos los quesos que descansaban sobre su regazo como si fueran gatos. La hoguera resplandecía. Empezó a hablar y murmurar para sí. Por fin, habló con voz grave:

Siete corazones partirán de viaje.

De siete maneras se romperán los corazones.

***El corazón más intrépido seguirá adelante,
cuando el sueño sea la muerte y la esperanza
haya desaparecido.***

***Mira en las feroces fauces del miedo
y verás la respuesta clara y simple,
y luego desecha toda idea de volver al hogar,
porque solo entonces habrá terminado tu búsqueda.***

Los párpados de Sheba aletearon y sus ojos se abrieron. Por un momento miró a Jonn, Marlie y Rowan, como si se preguntara por qué estaban allí, pero después se espabiló y agitó la mano con impaciencia. Ya no parecía una bruja. Tan solo una anciana cansada y hosca.

—Marchaos ya —dijo la mujer—. No os puedo decir nada más.

—El camino, Sheba. El camino que debemos seguir —la apremió Marlie—. ¡No nos has dicho nada!

—¿No? Bien, ya veremos. Tal vez iréis cambiando de opinión. Dejadme en paz.

Sheba apoyó la barbilla sobre el pecho y guardó silencio. Esperaron, pero no volvió a levantar la cabeza. Al cabo de un rato, empezó a roncar.

—Se ha dormido —susurró Rowan.

—O lo finge —contestó Jonn *el Fuerte*, disgustado—. En cualquier caso, ya no nos queda nada más por hacer aquí. Hemos de regresar. Hace mucho rato que los demás nos esperan.

Salieron de la cabaña y apresuraron el paso en dirección al pueblo.

—Volvemos con las manos vacías —exclamó Marlie—. Y con Rowan sangrando. Rowan, nunca me perdonaré haberme apartado y dejar que te hiriera. Me pilló por sorpresa.

—La vieja bruja quería que Rowan sufriera —dijo Jonn *el Fuerte* con semblante hosco—. Me estaba castigando por reírme de ella y exigirle que pidiera perdón. La culpa es mía.

Rowan, que trotaba a su lado a través del huerto, se sentía mareado y débil, pero ignoraba si se debía al corte de la frente o al terror que había sentido en la cabaña de Sheba. Las horribles advertencias de la bruja daban vueltas en su cabeza, y tenía la impresión de que su extraño canturreo se le había grabado en la cabeza. No podía olvidarlo.

—Siete corazones partirán de viaje... De siete maneras se romperán los corazones... —Se descubrió repitiendo los versos en voz baja, golpeándose la pierna con el palo que aún sujetaba en la mano para seguir el ritmo de la marcha—. El corazón más intrépido seguirá adelante... Cuando el sueño sea la muerte y la esperanza haya desaparecido...

—Olvídalo, Rowan —dijo Jonn *el Fuerte*, nervioso—. Mira allí..., las luces del pueblo. Pronto estarás en casa con tu madre. —Intercambió una mirada con Marlie—. Me va a echar un buen rapapolvo por llevarte a casa en este estado... —añadió sin elevar la voz.

3 ∞ Los héroes



No obstante, tras examinar el corte en la frente de su hijo, Jiller se limitó a sonreír y a encogerse de hombros. No era grave, dijo, y lo curaría en casa. Todos los niños tenían que apechugar con cosas semejantes tarde o temprano. Rowan sabía que hablaba tanto para él como para Jonn *el Fuerte* y Marlie. Le recordaba que debía ser valiente, como cualquier hijo de Rin, y no inquietarse por pequeñeces.

Rowan sabía que a Jiller le preocupaba su nerviosismo y fragilidad. Se lo había oído decir a Jonn *el Fuerte* frente a su casa, tan solo uno o dos meses atrás. Intentaba ser paciente, había dicho Jiller, pero Rowan era tan diferente de ella, y de su padre, e incluso de la robusta Annad..., que a veces le resultaba muy difícil tratarlo. No le entendía. Ojalá su padre estuviera vivo...

Rowan se había escabullido hasta la habitación que ahora compartía con Annad. Se había acostado en su cama durante un buen rato, sin pensar en nada, consciente tan solo de un dolor sordo en el pecho.

Y ahora se hallaba de pie al lado de su madre, mareado, con escozor en los ojos y sin decir nada. Anhelaba arrojarse en sus brazos y llorar en busca de consuelo, pero no lo encontraría. Solo vergüenza.

—¡Ya te dije que acudir a Sheba era una pérdida de tiempo! —estaba diciendo Bronden, tan satisfecha como exasperada—. Ahora tiene dos de nuestros mejores quesos en sus mugrientas garras, y nosotros seguimos igual.

—Da igual —dijo Allun, y se encogió de hombros—. Decidimos intentarlo con ella, y así lo hicimos. Ahora hay que tomar una decisión. Porque todos no podemos escalar la Montaña. ¿Quién irá?

—Yo iré —gritó Bronden. Los miró a todos con ojos llameantes, como retándolos a desafiarla.

—¿Por qué no? —preguntó Jonn *el Fuerte*—. Nadie duda de tu buena disposición, tu valentía o tu derecho, Bronden. Como nadie duda de los míos, supongo. Yo también iré.

Rowan experimentó la sensación de que una mano helada estrujaba su corazón. Recordó las palabras de Sheba: «La Montaña no pondrá a prueba tu fuerza, Jonn. La destruirá».

—¡No! —exclamó. La mano de su madre se cerró sobre su brazo para que callara.

—Y yo también iré —dijo Marlie con firmeza, clavando los ojos en Bronden.

Val y Ellis habían estado hablando en voz baja. Val alzó su voz ronca.

—No tendremos trabajo hasta que la rueda del molino vuelva a girar —dijo—. Por lo tanto, iremos con vosotros a la Montaña. Mejor eso que esperar un día tras otro.

—Podríais dedicaros a las tareas domésticas, para variar —bromeó Allun.

Val le miró con frialdad, mientras algunos aldeanos intercambiaban miradas irónicas. Todos

sabían que a Val y Ellis no les gustaba que nadie se burlara de sus peculiares costumbres domésticas.

—Esto es una locura —exclamó Neel, el alfarero, incapaz de guardar silencio por más rato—. ¡No me hace ninguna gracia! Bronden, Jonn, Marlie, Val, Ellis... ¡Los más fuertes de nosotros, en dirección a lo desconocido! —Increpó a la multitud—. Si estos exaltados no vuelven, ¿cómo vamos a sobrevivir? ¿Qué pasará si los Zebak nos invaden una vez más, o si nos amenaza algún otro peligro espantoso?

—Otro peligro espantoso nos amenaza, Neel —dijo la anciana Lann—. En este mismo momento. Tal vez el más espantoso al que nos hemos enfrentado. Para salvar el pueblo, algunos hemos de aventurarnos en lo desconocido. Por eso son los más fuertes los que han de ir. —Se volvió hacia Jonn—. De todos modos, creo que el grupo es todavía demasiado escaso. Necesitáis uno más.

Allun se adelantó.

—Estoy de acuerdo. Me uniré a la partida para aumentar su número. —Vio que Bronden abría la boca para protestar, y se apresuró a continuar—: Ah, Bronden, sé que solo soy un mestizo de Rin, y que mi fuerza no puede compararse a la vuestra, pero no soy tan enclenque. Creo que he llegado a dominar todas las habilidades que el viaje exige. Además, puedo ofrecer otros dones, gracias a la sangre de mi padre. Una cabeza bien amueblada, por ejemplo. Facilidad para encender buenas hogueras de acampada, y un montón de canciones y chistes que serán bien recibidos. Además, con los molineros ausentes y sin harina, ¿en qué podrá ocuparse un pobre panadero los próximos días?

—Podrías venir a cavar en mi jardín, Allun —dijo con voz aguda su madre, Sara.

Un coro de carcajadas se elevó de la multitud. La anciana sonrió. Solo Rowan y Allun se fijaron en que sus manos aferraban el delantal y retorcían la tela blanca, y en que sus ojos brillaban, pero no de risa, sino de lágrimas contenidas. Había vivido lo suficiente para conocer las viejas historias sobre la Montaña, y para temer su poder. Además, Allun era su único hijo.

Pero como una verdadera hija de Rin, Sara sabía disimular sus sentimientos. Solo una vez, muchos años antes, había bajado la guardia. Fue cuando se enamoró del hombre que se había convertido en el padre de Allun, un trovador de risueños ojos castaños que había llegado al pueblo un otoño con una cuadrilla de Viajeros. Rowan había oído la historia muchas veces, si bien la anécdota había tenido lugar muchos años antes de que naciera, cuando sus padres eran niños. Formaba parte de la historia del pueblo, y se repetía cada vez que una tribu de Viajeros acampaba cerca.

Rowan era capaz de imaginar la sorpresa que se debió de llevar el pueblo cuando se enteraron de que Sara, la sensible maestra, abandonaba Rin para contraer matrimonio con un Viajero errante. Casi todo el mundo se quedó horrorizado, y trató de obligarla a cambiar de opinión. Pero ella se resistió, y cuando los Viajeros se marcharon ella también se fue, y abandonó la paz y la seguridad de su antiguo hogar para vagar con el hombre al que amaba y su tribu.

La gente de Rin vio a Sara unos años después, cuando los Viajeros volvieron a pasar por allí. El pequeño y mofletudo Allun apenas había empezado a andar por entonces, y su rostro reflejaba

la felicidad que sentía. Algunos menearon la cabeza y dijeron que sus sonrisas no se prolongarían. Y estaban en lo cierto, aunque no por los motivos que pensaban.

Porque después llegó la Guerra de las Llanuras, que duró cinco años, y una vez más el pueblo de Rin, la gente de Maris y los propios Viajeros se vieron obligados a unirse en una batalla contra los invasores que llegaban del otro lado del mar, contra su viejo enemigo, los Zebak. Tal como sus antepasados habían hecho antes que ellos, expulsaron por fin a los Zebak de sus tierras. Pero la batalla fue larga, y costó muchas vidas. Una de ellas fue la del marido de Sara.

Después, Sara volvió con su hijo al pueblo. Sin su hombre, la vida de Viajera ya no la atraía, y quería establecerse de nuevo con su gente, en su antiguo hogar. Sin embargo, para Allun el hogar significaba las tiendas de colores de los Viajeros, el olor de las fogatas de campamento que ardían en la noche, las llanuras inmensas, los bosques, los caminos serpenteantes que nunca parecían tener fin.

Allun, esbelto, de ojos oscuros y pelo ensortijado, era la viva imagen de su padre, muy diferente de los hijos altos y fuertes de Rin. Bajo el árbol de la Sabiduría, con Bronden, Jiller, Val, Ellis y los demás chicos de su edad, levantaba la cabeza y sonreía al ver sus miradas, codazos y susurros. Fuera del colegio, aunque trabajaba mucho para parecerse a ellos en todo lo posible, pronto descubrió que su fuerza no podía compararse a la de ellos, y que el ingenio era su mejor arma.

Con frecuencia, Rowan había pensado que Allun podía ser la única persona del pueblo que le comprendía, porque él también era más débil y diferente de los demás, si bien Allun nunca lo había reconocido. Pero cuando iba a su casa en compañía de Marlie y Jonn *el Fuerte*, bromeaba a menudo con Rowan, se interesaba en lo que hacía y pedía perdón por sus equivocaciones.

Y ahora, Allun iba a subir también a la montaña. Para demostrar una vez más que era un buen ciudadano de Rin. Jonn y Marlie parecían complacidos, y Bronden puso los ojos en blanco cuando miró a Val y Ellis, pues estaba claro que no le gustaba el sexto miembro de la partida, pero no se le ocurría ningún motivo para rechazarle. El peculiar y acomodadizo Allun, el panadero, iba a desaparecer con los demás en el laberinto secreto de precipicios y bosques que se elevaban sobre ellos. Una vez más, Rowan recordó la cara burlona de Sheba.

—¡Ah, bien, si tenéis que ir, marchaos! Mis malas hierbas prosperarán durante unos cuantos días más —exclamó la vieja Sara, mientras sonreía y agitaba las manos con burlona desesperación, pero en sus ojos aún brillaban las lágrimas.

—Bendita seas, madre —dijo Allun. Lo dijo en tono frívolo, pero todo el mundo fue consciente del amor y admiración que comunicaban sus palabras.

—Bien —se apresuró a decir Jonn, a quien incomodaban los sentimientos expresados sin ambages—, sugiero que vayamos a casa y hagamos los preparativos para el viaje. Deberíamos dormir bien antes de que amanezca. ¿Estáis de acuerdo?

Los demás asintieron. Los aldeanos les desearon buenas noches y empezaron a regresar a casa con parsimonia. Algunos se sentían consolados, porque se iba a hacer algo para solucionar el problema que les había caído encima de una forma tan inesperada, y que impedía la serena progresión de sus días. Algunos se sentían emocionados, incluso envidiosos, al pensar en la gran

aventura que aguardaba a unos pocos elegidos. Pero muchos, como Neel, se acostaron con el corazón contrito, porque los líderes y héroes de la aldea iban a iniciar una peligrosa aventura por el bien de la comunidad, y tal vez no regresarían nunca.

Cuando Annad se durmió por fin, agotada por el nerviosismo, Rowan se quedó despierto en su cama, mirando por la ventana la enorme masa de la Montaña. La luz de la luna era muy brillante, pero la Montaña se recortaba negra contra el cielo, secreta y misteriosa. Jiller le había limpiado el corte de la frente, pero la cabeza le dolía aún, y las palabras de advertencia de Sheba le atormentaban.

Intentó por todos los medios pensar en cosas agradables. En Estrella, en la cría que pronto nacería en el rebaño, en el sabor del refrescante zumo azul de las bayas. Y en los recuerdos de la madre de su infancia, una Jiller más dulce y feliz, que le cantaba. Pero siempre, cuando estaba a punto de dormirse, otros pensamientos más sombríos se abrían paso en su mente y le daba miedo cerrar los ojos.

Se durmió por fin, un sueño ligero atormentado por pesadillas. Estaba de regreso en la cabaña de Sheba, pero ahora las cuatro paredes eran de roca, y rezumaban agua y limo. Sheba era enorme, con la nariz larga y puntiaguda, con sus trenzas grasientas colgando como gruesas cuerdas alrededor de su rostro sonriente, y los ojos rojos y penetrantes. Jonn *el Fuerte* y su madre estaban a su lado, pero no hicieron nada por ayudarlo cuando la Bruja se inclinó hacia él, cada vez más cerca, hasta que solo pudo ver su cara y su aliento le abrasó las mejillas.

—Si eres el único asustado, conejo escuchimizado, eres el único que tiene sentido común — dijo la mujer con voz ronca. Abrió la boca para emitir una carcajada estentórea, pero no tenía lengua, y el interior de su boca era amarillo y liso como el queso.



Rowan despertó, jadeante y tembloroso, empapado en sudor. No tenía ni idea de qué hora era. Tenía la impresión de que el sueño había durado horas, aunque solo hubieran sido segundos. Annad seguía durmiendo como una bendita, con la boca entreabierta y una mano curvada alrededor de su bukshah de juguete. Al menos, no tenía pesadillas, pero la idea de volver a dormirse aterrorizaba a Rowan. Apartó las mantas y saltó de la cama. Hacía mucho frío. El aire helado de la noche soplaba contra la ventana, y su camisión estaba húmedo. Se lo quitó y empezó a ponerse la ropa del día, que había dejado amontonada sobre el suelo cuando se cambió para ir a dormir.

Debajo de la ropa estaba el palo que Sheba le había arrojado. Se lo había llevado a casa sin pensarlo, y lo había guardado en su habitación. Lo recogió y lo recorrió con los dedos. Era un buen bastón: recto y grueso, y tan suave como si lo hubieran pulido, salvo por un pequeño bulto puntiagudo en la mitad. Eso debía de ser el culpable del corte que se había hecho en la frente. Era lo bastante duro y afilado.

¡Entonces, el bulto se movió! Se deslizó hacia delante bajo su pulgar. ¡Y el bastón empezó a pelarse!

Rowan ahogó una exclamación cuando la superficie lisa que tenía debajo de los dedos empezó a desprenderse en una única capa. Tiró de ella, fascinado, al tiempo que se iba desenrollando. Entonces, cayó en la cuenta de que el «bastón» no era tal. Era un fragmento de pergamino muy bien enrollado. El bultito del centro era el cierre que lo sujetaba.

Echó un vistazo a la dormida Annad y corrió hacia la luz de la lámpara. Ella no se despertó, y Rowan se dispuso a examinar con más detenimiento el objeto que sostenía en la mano. Porque, a pesar de la oscuridad, observó que el pergamino no estaba en blanco. Contenía imágenes, líneas y palabras. Tenía que discernir qué eran.

Extendió el pergamino sobre el suelo de madera y sujetó las cuatro esquinas con sus zapatos y los de Annad, para que no se enrollaran de nuevo. Después, colocó con sumo cuidado la lámpara al lado y observó con detenimiento las imágenes.

Era un plano de la Montaña, con un sendero marcado en rojo. Rowan se tapó la boca con la mano para reprimir un grito. Sheba les había gastado una jugarreta. Había fingido defraudarlos, sabiendo desde el primer momento que Rowan se llevaba lo que necesitaba. Sabiendo que tal vez no descubrirían nunca lo que les había entregado. Cómo debía de haberse reído del disgusto de Jonn *el Fuerte* y de la decepción de Marlie.

Rowan volvió a enrollar el mapa y abrochó el cierre. Se calzó. Después, se quedó inmóvil en mitad de la habitación, mientras la cabeza le daba vueltas.

—¡Rowan! ¿Qué estás haciendo?

Giró en redondo y vio los ojos sobresaltados de su madre. Le estaba contemplando desde la puerta. Rowan parpadeó. Al igual que él, Jiller estaba vestida como si fuera a salir.

—Yo... —Extendió el mapa enrollado, con la lengua trabada—. Tuve un sueño y...

—Oh, Rowan —suspiró Jiller, exasperada—. ¡Estas pesadillas! ¿Qué voy a hacer contigo, hijo mío? —Por un momento, Rowan creyó ver que sus labios temblaban—. Y ahora, esta mañana... —Enmudeció y se llevó las manos a la cara. Cuando las bajó, había recuperado la calma—. Si queremos despedirnos del grupo que parte hacia la Montaña, junto con el resto del pueblo, tendremos que irnos pronto —dijo—. Parten al amanecer. Deja ese bastón y recoge la ropa de Annad. He de despertarla.

Se acercó a la cama de la niña.

—Mami...

En su confusión, Rowan utilizó la palabra infantil sin pensarlo. Vio que Jiller fruncía el ceño y oyó que contenía el aliento, irritada.

—Madre —se apresuró a continuar, en voz tan alta que Annad empezó a removerse—. Madre, yo tengo el plano. ¡El plano de la Montaña!

—Tiene el plano de la Montaña —repitió Jiller a Jonn *el Fuerte*, sin hacer caso de las exclamaciones de la multitud. Tenía las mejillas sonrosadas de emoción, y le colgaba la capucha sobre los hombros. A Rowan le parecía muy hermosa. Y tal vez también a Jonn *el Fuerte*, porque la estaba mirando con admiración.

—¡Déjanos verlo, deprisa! —exigió Bronden, al tiempo que daba una patada en el suelo—. ¡No puedo creerlo! ¿Por qué nos gastó esa jugarreta la vieja? ¿Estás segura de que el chico no quiere tomarnos el pelo?

—Claro que no —replicó Jiller, al tiempo que arrebató el plano a Rowan y se lo pasaba—. ¡Míralo tú misma!

Bronden desenrolló el pergamino y lo examinó un momento, mientras arrojaba pequeñas vaharadas de aliento en el frío aire de la mañana. Después, se quedó boquiabierto y entregó el pergamino a Jonn y a Marlie.

—¿Y bien? —Allun, de pie al lado de Rowan y Jiller, estaba muerto de curiosidad—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha descubierto el chico?

Jonn *el Fuerte* volvió el pergamino hacia ellos. Estaba completamente en blanco.

—Pero... —estalló Rowan—. ¡Estaba ahí! Un dibujo de la Montaña. Y palabras, flechas..., y una senda marcada en rojo, que conducía a la nube y más arriba. ¡Estaba ahí!

Bronden sorbió por la nariz y movió la cabeza hacia la hoja en blanco que todavía colgaba de la mano de Jonn.

—Ver es creer —dijo, y apartó la vista—. Los niños deberían saber que es un gran error intentar engañar a sus mayores para llamar la atención.

—Tal vez estabas soñando, Rowan —dijo Allun, y le palmeó el hombro—. Demasiado queso para cenar, ¿eh? Me pasa a veces. Las cosas parecen reales...

—¡Era real! —interrumpió Jiller. Tenía el ceño fruncido y miraba el pergamino como si aún

no diera crédito a sus ojos—. Rowan me lo enseñó. Lo vi con mis propios ojos. ¿Yo también estoy intentando engañar a mis mayores, Branden?

Siguió una pausa tensa. Jonn *el Fuerte* se mordió el pulgar con aire pensativo. Después, devolvió el pergamino a Rowan.

—Si Jiller y Rowan vieron un plano ahí, yo les creo —dijo—. Pero la cuestión es que ahora no está. Tal vez Sheba deseaba alimentar nuestras esperanzas, para luego destruirlas por completo.

Jiller le sonrió, agradecida.

—Sería muy propio de ella —admitió Marlie—. Ella... ¡Oh! —Se quedó boquiabierta y señaló a Rowan—. ¡Mirad, mirad! —exclamó con voz estrangulada.

Rowan, ruborizado y sobresaltado, descubrió que todos los aldeanos le miraban. La gente lanzaba exclamaciones, con la vista clavada en él. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había hecho ahora? Tardó un momento en darse cuenta de que no le estaban mirando a él, sino al pergamino que sostenía en la mano. Bajó la vista, y a la sorpresa que recibió le siguió enseguida una oleada de alivio y alegría. Porque el plano estaba reapareciendo poco a poco. Formas, palabras... y por fin el sendero de puntos rojos que serpenteaba hacia arriba.

Jonn *el Fuerte* extendió la mano.

—Dámelo, Rowan —ordenó.

Rowan le entregó el pergamino de buena gana. Jonn lo tomó y lo levantó. Los murmullos de entusiasmo de los aldeanos se elevaron, para ser sustituidos al momento por un gruñido de decepción. Porque mientras miraban, las líneas y flechas se iban esfumando. Al cabo de muy poco tiempo, el pergamino estaba en blanco de nuevo. Jonn lo fue enseñando. La gente lo miraba mientras pasaba de mano en mano, sin cambiar.

—¡Es brujería! —estalló Neel, y lo devolvió a Jonn *el Fuerte* como si estuviera envenenado—. Sheba está jugando con nosotros.

—Temo que así es —dijo Jonn lentamente—. A un juego peligroso. —Miró a Marlie—. Mucho me temo que lo que Sheba quiere es que me coma mis palabras —le dijo.

Puso de nuevo el pergamino en las manos de Rowan y observó con semblante serio mientras las marcas, formas y líneas volvían a aparecer en su superficie, tenues al principio, pero cada vez más claras.

—¿Qué significa eso? —gritó Jiller, al tiempo que aferraba el hombro de su hijo.

Jonn *el Fuerte* vaciló.

—Anoche, irritada por algo que le dije, Sheba dijo de Rowan: «Que te guiara él no te haría ningún daño». Creo que, movida por el rencor, ha hechizado el plano, para que solo revele sus secretos en manos de Rowan.

—Tienes razón. —Marlie estaba pensando en voz alta—. Se lo tiró a la cara anoche. Tenía la intención de que lo descubriera. Tenía la intención de que se produjera la escena que acabamos de presenciar. —Hizo una pausa—. Sheba quiere que el muchacho vaya con nosotros a la Montaña.

—¡No! —La palabra brotó de los labios de Jiller antes de poder contenerse. Se mordió el labio y recobró la serenidad—. Quiero decir —continuó con cautela—, Rowan es muy joven. Demasiado joven para seros útil. Ha de cuidar de los bukshah. No puede ir.

—¡Pues claro que no puede! —corroboró su maestro, Timón. Se abrió paso hacia adelante entre la multitud—. Yo tengo la solución de este pequeño dilema. Que Rowan sostenga el plano mientras yo lo copio, con mi propia tinta y en mi propio papel. —Extendió las manos—. Puede que tardemos una hora y que el brazo de Rowan se canse, pero valdrá la pena. Porque Rowan podrá irse después a la cama, muchacho afortunado, mientras vosotros, pobres ilusos, partís de excursión.

—¡Sí! —exclamó Marlie—. Ganaremos a Sheba en su propio terreno. Olvida que no somos bukshah, para manipularnos con tanta facilidad.

Pero Sheba no había olvidado nada. Pues pese a todos los esfuerzos de Timón, no pudo copiar el plano. Cada vez que lo intentaba, las plumas que utilizaba y desechaba una tras otra resbalaban sobre el papel de copiar como si estuviera untado con mantequilla, si bien respondían de maravilla cuando se ponía a dibujar otra cosa. Al cabo de media hora, no había logrado escribir ni una sola línea útil. Por fin, tiró la última pluma con un gruñido de disgusto y se sentó en cuclillas sobre un montón de papeles arrugados.

—¡Basta! —dijo Jonn—. Antes nos íbamos a ir sin el plano. Nada ha cambiado. Nos iremos sin el plano ahora. —Cabeceó en dirección a Rowan, evitando los ojos de Jiller—. Gracias —dijo—. Porque al menos hemos vislumbrado retazos del camino. Nos acordaremos, y nos resultará de ayuda. Vete a casa con tu madre.

—¡Pero esto es absurdo! —tronó Bronden—. El plano es la clave de nuestro éxito y seguridad. Hemos de llevarlo con nosotros. Y si el plano y el chico están unidos, sea por el sortilegio que sea, también hemos de llevarnos al chico. Cualquiera puede sustituirle con los bukshah. Su afecto por ellos es insensato, en cualquier caso.

—Estamos de acuerdo con Bronden —manifestó Val. Su hermano, a su lado, asintió—. El pueblo depende de ello. Aquí no hay lugar para pusilánimes.

—El chico no puede ir —insistió Jonn *el Fuerte*—. El peligro es demasiado grande, y él es demasiado joven.

—¿O acaso su madre es demasiado hermosa —comentó Bronden con acidez—, y tu corazón se está imponiendo a tu cabeza, Jonn *el Fuerte*?

La cara de Jonn se tiñó de escarlata. Rowan sintió que el brazo de Jiller se tensaba y vio que alzaba la barbilla, mientras que dos pequeñas manchas de un rojo brillante empezaban a extenderse sobre sus mejillas.

—Mamá, ¿qué pasa con Jonn? —susurró Annad, al tiempo que tiraba de la falda de su madre—. ¿Por qué se ha puesto todo rojo?

Jiller no contestó. Rowan paseó la vista por los rostros de la multitud, y poco a poco comprendió la verdad con el corazón encogido. Había otros niños de su edad. Si eso le hubiera pasado a cualquiera de ellos, no habría habido discusión. Todo el mundo habría dado por sentado, Jonn, Timon y sus padres, que irían. Y querrían ir. Sería la mayor aventura de su vida. La posibilidad de demostrar que eran unos héroes.

Era por él que Jonn *el Fuerte* había adoptado aquella postura. Porque, ahora lo comprendió, Jonn *el Fuerte* amaba a su madre y estaba intentando salvarla de la vergüenza y el dolor.

Rowan empezó a temblar. Las palabras de Sheba resonaron en sus oídos: «La Montaña no pondrá a prueba tu valentía. La destruirá». ¿Por qué le había hecho eso? Si la Montaña podía destruir la valentía de alguien como Jonn *el Fuerte*, que no tenía miedo de nada, ¿qué le haría a Rowan, de los bukshah, que tenía miedo de todo?

Estaba embargado de miedo, soledad y vergüenza a partes iguales. No podía soportarlo. No podía soportar los ojos tristes de los aldeanos clavados en él. Ellos también debían de estar pensando: «¿Por qué él?». El chico más decepcionante de todo Rin. ¿Por qué desdichado azar le habían elegido como salvador, cuando lo único que podía hacer era decepcionarlos?

Se volvió hacia su madre, dispuesto a esconder la cara en su falda, y en aquel momento una imagen refulgió en su mente. Se vio en los campos de los bukshah, con el hocico tibio de Estrella inclinado sobre su mano, y las demás bestias paciendo a su alrededor, enormes, calmas y confiadas.

Nunca había decepcionado a los bukshah. Nunca les había fallado. En las heladas madrugadas o bajo el calor del sol, cuando estaban heridos, cuando parían a sus crías o necesitaban consuelo si el Dragón rugía, él estaba allí.

Ahora necesitaban agua. No imaginaban que pudiera fallarles. Para ellos no era un alfeñique menudo y asustadizo. Para ellos era el líder, guía y amigo. Confiaban en él por completo. La idea bañó su ser como leche tibia.

Levantó la cabeza y miró a los ojos a Jonn *el Fuerte*.

—Yo iré —dijo. El plano que sostenía aleteó en la brisa que precedía al alba—. Yo iré con vosotros a la Montaña.

5 ∞ La montaña



Llevaban horas andando junto al lecho seco del río, y ya habían dejado la aldea muy atrás. Rowan ya no podía ver los altos muros de piedra del molino, el edificio más alto, porque los árboles los tapaban.

Delante de ellos, como una muralla enorme, se alzaba la Montaña. Dentro de dos horas, decían los demás, llegarían. El plano demostraba con claridad que debían iniciar la ascensión en el lugar en que el agua brotaba de un túnel subterráneo y formaba el río. Allí descansarían un rato y consultarían el plano antes de continuar.

Rowan estaba muy cansado. La bolsa que cargaba castigaba sus hombros, y le dolían las piernas y los brazos. Pero sabía que debía seguir caminando, sin quejarse. Los demás intentaban que no se quedara rezagado, pero sabía que su paso lento irritaba a Branden y a Val, como mínimo. Era difícil saber qué sentía Ellis, porque casi nunca hablaba. Ni siquiera cuando habían pasado junto al molino, con la gran rueda de madera inmóvil y su canal a un lado del lecho seco del río, no había dicho nada. Solo miró y después volvió la cabeza hacia la Montaña.

Rowan le observaba, a la cabeza del grupo. Cargaba sin dificultad con su mochila, el peso extra de una pesada cuerda, una pequeña hacha y su provisión de antorchas. Detrás de él caminaba su hermana.

Formaban una pareja extraña y silenciosa. Rowan había oído a Jiller decir a Jonn *el Fuerte* que era como si vivieran en un mundo propio. Un mundo habitado tan solo por dos personas. Parecían tan duros e inamovibles como las paredes de su molino. Eran de la misma edad que Jiller, y para Rowan formaban parte de la vida cotidiana del pueblo, como los demás adultos que había conocido desde la infancia. Pero más tarde había llegado a darse cuenta de que Val y Ellis eran muy raros. Y de que su madre, así como Jonn *el Fuerte* y Allun, entre otros, también opinaban lo mismo.

Detrás de Val andaba Bronden, una cabeza más baja, pero corpulenta y decidida. Marlie venía a continuación, y de vez en cuando sonreía a Allun, que iba a su lado, silbando y cantando como si fueran de excursión. Habían dejado a Rowan en penúltimo lugar, porque Jonn *el Fuerte* cerraba la marcha. De vez en cuando, Jonn le hablaba. «¿Todo bien, Rowan?», preguntaba efusivamente, o «Casi hemos llegado, amigo mío». Rowan asentía y murmuraba una respuesta de mala gana. Sabía que a Jonn le daba igual su bienestar. Se sentía responsable de él.

Jonn era bondadoso y caía bien a todo el mundo. Era así. Siempre había sido amable con Rowan. Pero eso no quería decir que le cayera bien. Sentía afecto por Annad, eso era evidente, pero con Rowan nunca se sentía relajado. Se esforzaba demasiado en ser amable. No hay que esforzarse cuando alguien te gusta de veras. Rowan lo sabía. A veces, Jonn le llamaba «conejo

escuchimizado», y se reía de él por ser tan timorato.

Jonh le hablaba a causa de Jiller. Rowan la había oído susurrar: «Cuida de él», mientras se despedía del hombretón antes de marcharse. Jonh había tomado sus dos manos entre las de él: «Lo haré, Jiller. Te prometo por mi vida que te lo devolveré sano y salvo».

Al recordar esto, Rowan experimentó cierto resentimiento. ¿Qué derecho tenía Jonh *el Fuerte* a mirar a su madre así? ¿Qué derecho tenía a tomar sus manos, como si fuera algo más que el amigo de su marido muerto? Se quedó conmocionado en la plaza del mercado cuando se dio cuenta de que Jonh tal vez sentía por su madre algo más que amistad. Había sido horrible pensar que tal vez pensaba convertirse en su marido algún día. Nadie ocuparía el lugar de su padre, pensó Rowan con amargura. Nadie.

Siguió caminando, con la vista clavada al frente. «Jonh debería sentirse responsable de este desastre», pensó. Fueron las burlas de Jonh las que irritaron a Sheba, de manera que había nombrado a Rowan guardián del plano. Era culpa de Jonh que Rowan se hubiera visto obligado a convertirse en el débil e indeseado séptimo miembro del grupo.

En ese momento, los pensamientos de Rowan cambiaron de dirección, y su ira se templó. Se preguntó si Jonh y Marlie recordaban las palabras de Sheba. «Siete corazones partirán de viaje... De siete maneras se romperán los corazones». No decían nada, pero seguro que les habían rondado por la cabeza, como a él. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Era imposible que Sheba hubiera sabido de antemano el número de viajeros. A menos que hubiera tenido una visión del futuro cuando estaba reclinada en su silla, con los ojos semientornados. Y si esa parte de la profecía se había convertido en realidad..., ¿qué pasaría con el resto? No quería mirar la Montaña.

Cuando la última hora de marcha se estaba acercando a su fin, y las rocas de las laderas de la Montaña se cernían enormes y afiladas, el sol ya calentaba la espalda de Rowan. Desde hacía un rato, solo conseguía tenerse en pie si pensaba en los bukshah. Mientras Jiller le preparaba la bolsa para el viaje, había escapado a los campos para despedirse. Había descubierto a las bestias meciéndose nerviosamente en la hierba verde que todavía rodeaba la fangosa charca de abreviar.

—Vamos a ayudaros —les dijo Rowan mientras se movía de una a otra, las acariciaba y palmeaba, y aspiraba el conocido olor animal—. Pronto volverá a haber agua dulce. Dentro de poco...

Había dejado a Estrella para el final. Rodeó su cuello con los brazos y apoyó la cabeza sobre la peluda lana.

—Adiós, Estrella —había dicho—. Espérame. Volveré con el agua. No os fallaré.

Sabía que Estrella no podía comprender sus palabras, pero había gruñido y resoplado como consolada por el tono de su voz.

—Annad y madre te cuidarán durante mi ausencia —le había dicho—. Si Alba pare mientras estoy fuera, la ayudarán. Me lo han prometido.

Un abrazo final y se había ido, pero le acompañaban la fuerza y la confianza de Estrella, pese a que sus rodillas temblaban de debilidad y tenía la respiración entrecortada.

—¡Eh, Ellis!

El grito de Jonh *el Fuerte* arrancó a Rowan de sus pensamientos. Allun y Marlie se detuvieron.

Paró y alzó la vista. Ante él se elevaba un precipicio de roca. A su lado, el lecho seco del río se había convertido en un agujero redondo y profundo, en el que todavía se veía un poco de agua fangosa. Había una abertura negra en el risco, justo encima del agujero. Malas hierbas y musgo mustios cubrían sus bordes. Estaba claro que era de allí de donde salía el agua.

—El agua brota de aquí —estaba diciendo Jonn *el Fuerte* a Val y a Ellis, señalando la abertura—. Cuando mana como de costumbre, no puedes estar aquí porque la espuma te empapa.

Bronden bajó a la charca vacía y pateó el barro blando. Después, se inclinó sobre la roca para mirar hacia la abertura de la pared del risco, como si esperara encontrar una respuesta allí.

—Sheba dijo que el problema se encontraba en la cumbre de la Montaña —dijo Marlie, a quien Bronden siempre parecía irritar—. Aquí abajo no hay nada que ver.

—Supongo que no perjudico a nadie si lo compruebo *con* mis propios ojos, Marlie la hilandera —replicó Bronden. Frotó la mano sobre la roca y la introdujo en el agujero del risco todo lo que pudo—. Un túnel redondo. El suelo, las paredes y el techo son lisos —informó, y se secó las manos fangosas con la ropa antes de volver a la orilla—. El agua ha desgastado todos los salientes afilados, no cabe duda.

—Como cabía esperar —dijo Marlie con brusquedad.

Rowan se dejó caer sobre la hierba. Las rodillas ya no le sostenían. Se desprendió de la pesada bolsa y buscó una botella de agua dentro.

—Bebe un poco, pero no demasiado —le advirtió Allun, arrodillado a su lado—. No sabemos cuánto van a durar nuestras provisiones. Tal vez no encontremos agua en lo alto de la montaña.

Rowan bebió un trago de agua tibia con sabor metálico. ¡Estaba deliciosa! Podría habérsela acabado toda con suma facilidad, pero se obligó a tapanla de nuevo y, cuando lo hizo, las lágrimas afluyeron a sus ojos. Estaba muy cansado. Y el viaje de verdad aún no había empezado.

Los demás miembros de la partida dejaron caer sus bolsas y estiraron los miembros. Después, uno a uno, se tumbaron también sobre la hierba.

—El plano, Rowan —le apremió Allun—. Déjanos verlo, pero no lo sueltes en ningún momento. La desaparición y aparición de las figuras me revuelve el estómago.

Rowan sacó el plano de su mochila y lo desenrolló con cuidado sobre la hierba, sujetando las esquinas con piedras. Los demás se congregaron a su alrededor.

—Estamos aquí, ¿lo ves? —dijo Jonn *el Fuerte*, con el dedo sobre la superficie—. Según las marcas rojas, hemos de empezar a subir en este punto. La pista deja atrás la cueva de la que brota el agua y continúa hasta que la Montaña se allana y empiezan los árboles. Allí arriba.

Señaló una ondulante masa verde de hojas.

—Una cuesta empinada —gruñó Val—. El chico tendrá problemas.

—Pues habrá que ayudarle —dijo risueño Jonn *el Fuerte*.

Allun estaba examinando el plano.

—¿Qué son estas manchas blancas? —preguntó, moviendo el dedo sobre varios puntos del pergamino.

Marlie frunció el ceño.

—Están todas al lado del sendero. Seis en total. ¿Es posible que Sheba borrara algunas cosas

importantes para despistarnos?

—De ella me espero cualquier cosa —dijo Jonn *el Fuerte*—, pero al fin y al cabo, lo más importante es el camino, y se distingue con claridad.

—Muy cierto —dijo Bronden, al tiempo que se estiraba y bostezaba—. Es absurdo preocuparse por algo que no sea la tarea que nos llevamos entre manos.

Pero Rowan miraba las manchas blancas del plano con creciente angustia. ¿Por qué no se había fijado antes? Ahora que las había visto, le saltaban a los ojos. Espacios en blanco separados por distancias prácticamente idénticas a lo largo del camino; el último, en la misma cumbre. Espacios en blanco en una superficie cubierta por completo de colores y líneas. ¿Qué significaban? El primer espacio se hallaba en el punto en que el sendero se internaba entre los árboles. Pronto descubrirían lo que significaba.

—Al principio atravesaremos el bosque, por lo visto —continuó Bronden—. Un camino liso en dirección oeste. Debería ser bastante fácil, aunque el chico nos retrasará, por supuesto.

Exhaló un profundo suspiro y regresó al plano.

—Las indicaciones son claras. Donde termina el bosque, nos desviamos al noroeste y cruzamos este terreno bajo. Una distancia breve, no deberíamos tardar mucho en recorrerla. Y así sucesivamente hasta la cumbre. ¡Sencillo! Por suerte, llevo una brújula. También sé que Marlie y Jonn llevan una, porque las compramos en nuestro último viaje a la costa. —Se volvió hacia Val y Ellis—. Deberíais visitar mercados, amigos míos. Se ven muchas cosas interesantes, y se pueden comprar cosas útiles.

Val se encogió de hombros.

—El molino ha de seguir funcionando, Branden. No podemos pararlo para ir de picos pardos cuando nos plazca.

—Pero uno podría ir y el otro quedarse —sugirió Allun, mientras masticaba una hoja de hierba y miraba el cielo.

Val guardó silencio.

—No es nuestro estilo —replicó Ellis.

—Tú tampoco vas nunca a la costa, Allun —señaló Marlie—. Siempre dices que estás demasiado ocupado. ¡Eres tan malo como Val y Ellis!

Bronden abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor.

—En cualquier caso —comentó al cabo de un momento—, las brújulas son una maravilla. Las gentes de Maris las utilizan cuando surcan el mar. Nuestra tarea será mucho más sencilla, porque hay puntos de referencia que nos guían. Estaremos en casa mañana a mediodía, os lo aseguro.

—Si todo fuera tan sencillo, no habríamos necesitado traernos el plano, Bronden. —Marlie se inclinó hacia delante—. La Montaña es un lugar peligroso. Un lugar temible. No deberías creer que es pan comido.

—Yo no creo que nada sea pan comido, Marlie la hilandera, como ya sabes, salvo lo que ven mis propios ojos —replicó Bronden—. Si tienes miedo, no tendrías que haberte unido a la partida. Ya es bastante malo que tengamos que arrastrar al chico, que no para de temblar.

—No olvides, Bronden, que fuiste tú la que insistió en eso —rugió Jonn *el Fuerte*.

Bronden se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Sería mejor que dejáramos de lado nuestras diferencias —dijo Allun en tono conciliador. Después, se incorporó y abrió los ojos de par en par. Extendió las manos y fingió que temblaban violentamente—. Y si hablamos de miedo, ¡yo estoy aterrorizado! —chilló. Se tiró sobre la hierba, agitó la cabeza e hizo castañetear los dientes.

Jonn *el Fuerte* y Marlie rieron, y hasta Rowan dibujó una sonrisa. Pero Val y Ellis contemplaron en silencio a Allun, y después intercambiaron una mirada. Bronden resopló.

—Bien, si Allun puede recuperarse de su terror, creo que deberíamos poner manos a la obra —dijo Marlie, y sacó una gruesa cuerda de su mochila—. Ascenderemos con cuerdas, ¿no? Tal vez no sienta el miedo de que me acusan, pero tampoco quiero caerme sobre estas rocas.

Cuando la comida escaseaba en Rin, Rowan tenía que trepar a los árboles y doblar las ramas cargadas de hojas para acercarlas a las bocas hambrientas de los bukshah, pero la altura lo mareaba y le hacía palidecer. Y la ascensión que le aguardaba era la peor de sus pesadillas.

Una cuerda lo unió a Marlie, a Allun y a los demás por encima, y a Jonn *el Fuerte* por abajo. Cuando resbalaba, cosa que hacía una y otra vez, su cuerpo liviano, aplastado por la mochila, oscilaba en el espacio todo cuanto permitía la cuerda. El cielo giraba sobre él y el suelo giraba debajo. Sus gritos de terror resonaban en sus propios oídos. La cuerda que le salvaba le estrujaba también las costillas.

Y después, su cuerpo se estrellaba contra las rocas con un tremendo ruido. Y tenía que volver a subir.

Eso ya era bastante horrible, pero peor era el miedo de que uno de los demás fuera tan descuidado como él. Si Jonn resbalaba, el peso los arrastraría a todos a una muerte segura en las rocas de abajo. Si uno de los demás resbalaba, ni siquiera Jonn podría sujetarlos.

Rowan, dolorido, tembloroso, con agujetas en todos los músculos, continuó la ascensión. Cuando por fin llegaron a lo alto del precipicio, y cayó al suelo sudoroso y jadeante, el mundo se tiñó de rojo ante sus ojos antes de que se desmayara.



Estrella lamía con entusiasmo las mejillas y la frente de Rowan con su lengua áspera y fría. Rowan sonrió.

—¡Basta, Estrella! Déjame en paz —musitó. Movió la cabeza de un lado a otro sobre la hierba.

—Está balbuceando como un bebé —dijo alguien con desagrado.

La imagen de Estrella se disolvió poco a poco. Rowan abrió los ojos y se encontró mirando la cara seria de Jonn *el Fuerte*. Vaciló un momento. Después, con una oleada de decepción, comprendió dónde estaba. No era en los campos de bukshah con Estrella, que le quería, sino en la Montaña, con Jonn *el Fuerte*, a quien no le caía bien, con Marlie y Allun, que se compadecían de él, y con Bronden, Ellis y Val, que le despreciaban.

—Está balbuceando como un bebé —repitió Val con impaciencia—. Por mi vida, este alfeñique no deja de agobiarnos. ¡Mira el sol! Deben de ser casi las once.

Jonn tiró a un lado el paño húmedo con el que había estado secando la frente de Rowan.

—Ya ha vuelto en sí —dijo con sequedad—. Y alfeñique o no, escaló el precipicio con valentía, Val, el molinero. Trepó hasta el agotamiento.

Se levantó y se alejó, arqueando su entumecida espalda. Rowan se quedó quieto, mirando el cielo. Sentía el cuerpo pesado, pero la cabeza muy ligera. Notaba un leve zumbido en sus oídos. Val tenía razón: el sol estaba alto. Debía de haber estado tumbado mucho rato. Durmiendo. Soñando con su casa, como un niño pequeño. La cara empezó a arderle, y se incorporó con un esfuerzo.

—Tranquilo, tranquilo, pequeño Rowan —sonrió Allun, arrodillado a su lado para sostenerle—. Hemos de gatear antes de andar. Toma esto.

Acercó una cantimplora a los labios de Rowan, que bebió agradecido.

—Cuando te sientas mejor —continuó Allun, al tiempo que echaba una mirada significativa a los demás—, proseguiremos nuestro camino y nos internaremos en el bosque. Toma. —Arrastró la mochila de Rowan hacia él—. Puedes emplear el tiempo de una forma útil, sosteniendo el plano para que le echemos otro vistazo.

—Hemos visto el camino que debemos seguir —dijo Bronden con el ceño fruncido—. No necesitamos el plano.

—¡Ay, juventud, juventud! No debes olvidar que soy tres años mayor que tú, Bronden —sonrió Allun—. Mi pobre memoria cada día flaquea un poco más.

Rowan sabía que Allun solo le estaba dando algo que hacer mientras se reponía, pero sacó el plano de la bolsa y lo desenrolló poco a poco. No sería perjudicial volver a estudiarlo. Sus ojos recorrieron la línea de puntos rojos. Siguió el lecho seco del río, el agujero por el que caía el agua,

la abertura del precipicio, el precipicio en sí, la entrada del bosque junto a una roca alta y puntiaguda, no lejos de donde se encontraban ahora, el sendero que atravesaba...

Rowan parpadeó, miró y volvió a parpadear. Intentó hablar y casi se atragantó.

Allun le miró al punto y después desvió la vista hacia el pergamino. Maldijo por lo bajo.

—¡Jonn! —gritó.

Rowan señalaba el plano sin decir palabra. En el lugar situado junto al principio del sendero del bosque, donde antes había un espacio en blanco, habían aparecido seis líneas de escritura negra.

Allun leyó las palabras en voz alta:

***No mováis los brazos y bajad la voz,
un millón de ojos os ven pasar.
En una puerta de seda vuestro camino acaba,
donde el fuego y la luz serán vuestros amigos.
Entonces os veréis como os ven los demás,
Y el ojo del mediodía os mostrará el camino.***

—¿Qué paparruchas son estas? —preguntó Val—. ¿Quién nos ha estado tomando el pelo?

—Nadie ha tocado el plano, Val —replicó Marlie—. Las palabras han aparecido desde la última vez que lo miramos.

—¡Eso es imposible! —exclamó Bronden. Se inclinó sobre el plano y miró las palabras, como si quisiera encontrar una pista de cómo habían llegado hasta allí.

—Me importa un pimiento de dónde han salido —gritó Allun—. La pregunta es, ¿qué significan?

Jonn *el Fuerte* carraspeó.

—Sea lo que sea —dijo—, lo seguro es que las palabras no han aparecido por casualidad. Dan instrucciones y constituyen una advertencia.

—Las palabras indican que no agitemos los brazos ni hablemos en voz alta —comentó Allun—. Eso está claro. Y yo seguiré el consejo.

—Tal vez te resulte difícil, Allun —dijo Marlie con sequedad.

—Las palabras también hablan del mediodía. —Jonn *el Fuerte* no sonreía—. Sugiero que iniciemos el viaje a través del bosque lo antes posible. Calculo que dentro de una hora será mediodía.

Extendió una mano hacia Rowan para ayudarle a ponerse en pie.

—Enrolla el plano y métetelo en el cinturón, muchacho —dijo con brusquedad—. He descubierto que mi carga no está equilibrada, por lo cual necesito cargar con tu mochila además de la mía para igualar el peso, si no te parece mal.

No esperó a la respuesta, sino que se cargó ambas bolsas a los hombros y empezó a caminar hacia la roca puntiaguda. Los demás se apresuraron a seguirle. Rowan, al que ya no molestaba el

peso de la mochila, descubrió que podía seguirlos sin grandes problemas, pese a las contusiones.

Se detuvieron en la roca puntiaguda y miraron entre los primeros árboles. La luz del sol se filtraba a través de las hojas y formaba charcos en el suelo del bosque. Un sendero sinuoso se abría entre ellos, aunque pronto se perdía de vista bajo la maleza.

—Esto parece bastante agradable —comentó Allun—. ¿Paso delante esta vez? La gravedad de la tarea puede que contenga mi lengua, tal como ordena el verso. Han pasado cosas extrañas.

—Pues pasa delante —gruñó Bronden—. Cualquier descanso de tu cháchara infernal será una bendición.

Se adentraron en el bosque. Rowan observó que todos, con independencia de lo que opinaran sobre las instrucciones del plano, mantenían los brazos pegados a los costados. Y nadie hablaba. Al cabo de pocos minutos, el camino había dado tantas vueltas y revueltas que ya no se veía la cumbre del risco.

A medida que se iban internando en el bosque, los árboles que los rodeaban se fueron haciendo más grandes y más cercanos entre sí, enmarañados de enredaderas y rodeados de arbustos. La luz disminuyó. ¡Y el silencio! Rowan, que caminaba detrás de Marlie y escuchaba los pasos firmes de Jonn el *Fuerte* a su espalda, pensaba que jamás había conocido un lugar tan silencioso. ¿Dónde estaban los pájaros, los grillos y los lagartos, y todos los demás animalitos que habitaban bosques como aquel?

Entonces, lo oyó. Un tenue gorjeo se oía algo más adelante. Una numerosa colonia de pequeños pájaros, a juzgar por el sonido. Rowan conocía todos los pájaros de Rin, pero jamás había oído un sonido semejante. Aquellos animalitos debían de ser de una raza que no se aventuraba hasta el valle. No estarían construyendo nidos en esa época del año, pero ya tenía ganas de verlos. Solo de pensarlo se sintió más animado.

El piar de los pájaros fue aumentando de intensidad. Allun se puso a caminar más deprisa, como si también estuviera muy interesado en lo que les aguardaba delante. Pronto le siguió Marlie. Chasqueó la lengua y corrió a unirse con él. Rowan, que daba zancadas para no quedar rezagado, intentó mirar por encima del hombro de Marlie cuando el sendero trazó una nueva curva. Tropezó y estuvo a punto de caer, cuando de pronto ella lanzó una exclamación ahogada y se topó con Allun, que se había quedado inmóvil y casi invisible a la escasa luz. El sonido era ya ensordecedor.

Jonn *el Fuerte* agarró a Rowan del brazo y le sostuvo, y frunció el ceño cuando Val, Ellis y Branden también toparon contra él. Allun seguía sin moverse.

—Allun, cabeza de chorlito, ¿a qué juegas? —vociferó Bronden.

El piar de los pájaros enmudeció al punto. Fue sustituido por el sonido de algo similar a un susurro, o un crujido.

Allun se volvió a mirarlos, pálido como la leche a la luz difusa. Pero no contestó. Solo movió la cabeza de un lado a otro, con mucha cautela.

Y entonces, vieron lo que él había visto. A ambos lados de la estrecha senda. Arañas. Miles de ellas. Enormes arañas negras aterciopeladas, tan grandes como la mano de Jonn *el Fuerte*, que reptaban sobreinmensas telas de seda blanca que envolvían los árboles, tan gruesas que no se

podían distinguir el tronco ni las hojas. Sus ojos brillaban. «Un millón de ojos». La piel de Rowan se erizó. Iban a tener que caminar entre aquellas telarañas, mientras los gigantescos animales los escuchaban y acechaban.

—¡Arg!

Rowan oyó una exclamación estrangulada a su espalda. Las arañas se quedaron petrificadas, y después empezaron a moverse de nuevo en dirección al origen del sonido.

Jonn *el Fuerte* apoyó la mano sobre el hombro de Rowan y empujó con delicadeza a Marlie, para indicarle que siguiera moviéndose. Ella empujó a su vez a Allun, y este empezó a avanzar, con la mayor economía de movimientos posible. Pero solo habían avanzado unos pocos pasos, cuando de nuevo oyeron un gruñido trémulo detrás de ellos, y Val tiró de la manga de Jonn *el Fuerte*.

—Ellis —susurró—. No... Puede.

Jonn, Rowan, Marlie y Allun se volvieron con incredulidad. Detrás del rostro preocupado de Val vieron la enorme forma de Ellis, con los puños apretados sobre el pecho. Su rostro brillaba de sudor. Jadeaba y temblaba, y de vez en cuando un leve gemido escapaba de sus labios.

—Arañas —susurró su hermana—. No puede soportarlas. Le pasa desde niño. En casa no puede haber una mota de polvo ni una hoja seca en ningún rincón, no sea que una araña busque refugio. La más pequeña le aterroriza. Y estas... Son de lo más...

—Ellis —susurró Jonn *el Fuerte*—. Venga, hombre. La distancia es corta. No están en el sendero. Si vamos con cuidado...

—Nooo...

El sonido surgió como un susurro de los labios del hombre. De repente, dio media vuelta y empujó a un lado a Bronden, que estuvo a punto de caer sobre una telaraña. Volvió corriendo por donde habían venido. Después, dobló el recodo y desapareció de la vista. Pero oyeron el sonido de sus pasos: corría. Huía del bosque.

—¡Adelante! —susurró Val, con una voz que rebosaba preocupación y vergüenza—. ¡Adelante! No volverá.

Obedecieron en silencio. Al cabo de unos minutos, oyeron de nuevo el gorjeo. Las arañas se estaban comunicando una vez más, se frotaban poco a poco sus grandes patas negras como grillos venenosos. El estrépito era tan extraño y horrible, que ya no sabían de dónde procedía. Rowan se refugió detrás de Marlie con la respiración entrecortada, intentando encogerse de tamaño. Procuraba no mirar ni a un lado ni a otro. Intentaba no pensar en las pegajosas cortinas blancas que cubrían los árboles, las enormes arañas reptantes y su millón de ojos tan cercanos.

Si hablaban o gritaban, atraerían de nuevo a las arañas. Tocar uno de los filamentos de gruesa seda blanca significaría llamarlas, y acudirían deprisa. Había visto suficientes insectos atrapados en telarañas para saberlo. Debía seguir caminando y doblegar el miedo. Debía pensar, recordar los últimos versos del poema: «En una puerta de seda vuestro camino acaba, donde el fuego y la luz serán vuestros amigos. Entonces os veréis como os ven los demás, y el ojo del mediodía os mostrará el camino».

La puerta de seda... El ojo de mediodía. Ya debía de faltar poco.

Dio un respingo cuando Jonn *el Fuerte* tocó su hombro. Alzó la vista. Había un pequeño claro. Antes ellos se abría la puerta de seda. Era una gigantesca telaraña centelleante, tan espesa que no se podía ver a su través. Su superficie estaba plagada de ramitas y hojas atrapadas en sus filamentos pegajosos. Se extendía de un lado a otro del camino, que bloqueaba por completo. Y estaba rodeada de cientos de arañas. A la espera.

Allun se volvió con cautela hacia sus compañeros.

—¿Y ahora qué? —preguntó articulando exageradamente para que le leyeran los labios.

—El verso —susurró Marlie.

—El verso no tiene sentido —dijo en voz baja Bronden—. Ábrete paso a través de la telaraña y acabemos de una vez, Allun. Si no tienes estómago para ello, yo misma lo haré.

Las arañas se movieron en la tela.

—¡No! —susurró Jonn *el Fuerte*—. Al menos, mientras las arañas cuelguen de la seda en tal cantidad. En cuanto toquemos la tela nos caerán encima. No podemos correr ese riesgo.

—Puede que sean inofensivas —objetó Val.

—O puede que no —replicó Marlie—. Como dice Jonn, no podemos correr ese riesgo. Ya hemos perdido un miembro del grupo.

—¿Qué hacemos, pues?

Bronden estaba enfadada. La huida de Ellis del bosque le había causado una gran impresión. ¿Cómo podía un hombre tan grande y fuerte dejarse vencer por una debilidad infantil? Estaba estupefacta. Procuraba no mirar a Val. Debía de sentirse muy avergonzada.

La luz cambió. Justo encima de ellos un rayo de sol penetró en la oscuridad del bosque y los bañó de calor. Las arañas empezaron a cuchichear y a retroceder.

—No les gusta la luz —susurró Rowan—. El verso lo decía: «El fuego y la luz serán nuestros amigos».

—¡El fuego! —susurró Bronden—. ¡Arroja una antorcha a la tela!

—Ellis era el que portaba las antorchas —dijo Val con desánimo.

Allun tanteó en los bolsillos y sacó sus yescas.

—¿Alguien tiene algo que queme con facilidad, aunque sea por poco tiempo?

—No hagáis movimientos bruscos —advirtió Jonn *el Fuerte*, con los ojos clavados en las arañas.

Marlie introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó su brújula, un peine, un espejo... y un pañuelo. Extendió el pañuelo a Allun. Este hizo un nudo y produjo una llama con las yescas.

—Preparados —advirtió. Prendió fuego al pañuelo y lo arrojó al centro de la barrera blanca.

La seda siseó y se encogió al contacto con el pañuelo. Las arañas chillaron y se dispersaron. Pero solo un momento. Al cabo de pocos segundos, antes de que ningún miembro del grupo hubiera conseguido avanzar más de un paso, la llama se había extinguido y las arañas estaban de vuelta. Había un agujero en la tela, pero cientos de arañas reptaban entre el humo que aún se elevaba de sus bordes chamuscados. Y venían más.

—Están tejiendo —dijo Allun con voz ahogada—. ¡Ya! Están reparando el agujero.

—¡Hemos de rechazarlas! —Jonn *el Fuerte* miró a su alrededor, desesperado—. Tiene que

haber una forma.

—No les gusta la luz —dijo Rowan—. No les gusta el sol.

—No tenemos materiales para fabricar una antorcha, Rowan —contestó Marlie—. No tenemos nada que produzca una luz capaz de arder el tiempo suficiente para mantener a raya a esos bichos.

Rowan repitió en voz baja:

—«Entonces os veréis como os ven los demás, y capturaréis el ojo del mediodía para abriros paso».

Tuvo una idea, y miró a Marlie.

—«El ojo del mediodía»... ¡El sol! —Allun alzó la vista—. Pero el sol cae donde estamos nosotros. La tela está a la sombra.

—¿Qué pasa, Rowan? —preguntó Marlie—. ¿Por qué me miras?

—El espejo —susurró Rowan—. Tu espejo. En un espejo te ves como te ven los demás. Y el sol...

—¡Sí! —Jonn *el Fuerte* cerró los puños—. ¡Deprisa, deprisa! Antes de que se vaya la luz. Llevamos demasiado tiempo aquí.

Marlie le entregó el espejo. Jonn lo sostuvo frente a él y le dio vueltas hasta que reflejó la luz del sol hacia la tela. Las arañas huyeron y desaparecieron en las sombras.

—¡Dámelo! —gritó Val. Arrebató el espejo a Jonn. Movié el espejo hasta que el sol se reflejó en la superficie, y la luz cegadora bailó alrededor de la puerta de seda. Empujó a Bronden hacia delante—. ¡Ve! —chilló—. ¡Ya!

Rowan corrió con los demás, los ojos clavados en el agujero de la tela y los destellos verdes del otro lado. La luz danzarina ya se estaba difuminando. Llegó a la red y pasó a su través, mientras un millón de ojos destellaban coléricos en las sombras, engañados por su presa.

7 ∞ Sueños



Jonn *el Fuerte* y Bronden cayeron al suelo junto a Rowan, y se pusieron en pie de un salto.

—¡Val! —llamó Jonn, volviendo hacia el agujero—. ¡Ahora, Val! ¡Antes de que el sol avance!

—Miró a través de la abertura—. ¡Está clavada en el suelo! —masculló asombrado—. Sigue mirando hacia atrás, por donde se marchó Ellis.

—¡Oblígala a venir, Jonn! —gritó Allun—. El sol, pronto...

—¡Val! —rugió Jonn *el Fuerte*, haciendo bocina con las manos—. Te necesitamos. Has de venir. ¡Deprisa!

Se oyó un grito al otro lado de la telaraña y el ruido de unos pies que corrían. De pronto, Val se lanzó a través del hueco y cayó al suelo con un golpe sordo, mientras Jonn *el Fuerte*, Marlie y Allun se ponían a dar patadas a su alrededor, al tiempo que se sacudían las arañas de su ropa y su pelo.

Val se incorporó y procedió a sacudirse frenéticamente la cara, los hombros y la nuca.

—¡No, no! —exclamó Marlie—. Todo va bien, Val. Solo había unas pocas, y ya están muertas.

Val miró a su alrededor con cautela y examinó el terreno circundante. Después, abrió el puño y contempló el espejo. Aunque pareciera increíble, aún seguía de una pieza.

—Nos ha prestado un buen servicio, pero solo pude mantener la luz enfocada en la telaraña mientras estuve expuesta al sol —dijo—. Salté desde lejos, pero algunos bichos ya habían vuelto al agujero antes de que yo llegara.

Pasó el espejo a Marlie y se sentó con los hombros hundidos y la vista clavada en la lejanía.

—Aquí parece que estamos a salvo. —Allun indicó con un gesto los árboles que los rodeaban—. La puerta de seda parece marcar el fin de su territorio. Lo que no sé es qué otras sorpresas nos depara el bosque.

—Si recuerdo bien el plano, hemos llegado casi al final —contestó Bronden—. Por lo tanto, sugiero que sigamos adelante, y ya descansaremos y comeremos cuando nos hayamos librado de él. Es un lugar muy desagradable.

Se pusieron en marcha de nuevo sin decir palabra. En dirección oeste, por el sendero. Ahora eran seis en lugar de siete, y todos eran muy conscientes de ello. Ellis apenas había pronunciado diez palabras durante el viaje, pero la ausencia de su alta figura entre ellos hacía que el grupo pareciera más pequeño y débil. Su hermana estaba particularmente afectada. Era como si hubiera perdido la mitad de sus fuerzas, y caminaba con desgana, como si se sintiera enferma o agotada.

Al cabo de unos cinco minutos, observaron que el bosque clareaba. Al cabo de otros cinco lo habían dejado atrás y se desviaron al noroeste, tal como indicaba el plano. Aunque la Montaña aún

se elevaba ante ellos, bajaron en lugar de subir. La hierba se veía verde y espesa, y el suelo era más blando a cada paso que daban.

—Paremos aquí —dijo Jonn *el Fuerte*—. Parece que nos estamos adentrando en una zona poco elevada, y tal vez sea pantanosa. Estaremos mejor si nos detenemos a comer lejos de la humedad.

Rowan se sentó, agradecido. Jonn le tiró la mochila, y de repente se dio cuenta del hambre que tenía. Sacó la cantimplora, pan y queso, y se puso a comer con gran apetito. Su madre le había preparado la comida en la cocina de su casa por la mañana, pensó maravillado. ¡Aquella misma mañana! Costaba creer que, en tan poco tiempo, se hubiera alejado tanto del pueblo. Habían pasado tantas cosas, que aquellas horas transcurridas desde que había palmeado a Estrella entre murmullos, desde que había abrazado a Annad y besado a su madre al despedirse, se le antojaban días.

Pensó en la caminata desde el pueblo, cuando se había sentido tan raro y tímido. En la terrible ascensión del precipicio. Y después, en el bosque... Las arañas, con sus ruidos y movimientos... La cara de Ellis, rígida de miedo antes de que diera media vuelta y huyera. Rowan se estremeció. No notaba el sabor del pan y el queso en la boca. Tuvo ganas de escupirlos, pero tomó un sorbo de agua y se obligó a tragarlos.

Sheba había dicho que sería así. Había dicho que la Montaña quebraría su valentía, sus corazones. Bien, había quebrado el de Ellis. De una forma que nadie habría podido vaticinar. Se había ido, dejando que seis corazones continuaran el viaje. ¿Se quebrarían también? ¿Sería el de Rowan el siguiente? Y si el viaje estaba tan erizado de peligros, ¿qué pasaría al final... y qué ocurriría con el Dragón?

Rowan volvió a estremecerse. No debía pensar en eso. Cada cosa a su tiempo, o sus temores se apoderarían de él. Cada cosa...

¡El plano! Rowan lo sacó del cinturón y lo desenrolló. Entre emocionado y aterrorizado, miró el segundo espacio en blanco.

Ya no lo estaba.

***Nada es aquí lo que parece;
los sueños son verdades y las verdades son sueños.
Cerrad los oídos a los gritos de los seres queridos,
moriréis si dais crédito a vuestros ojos.
Ceñid con cuerdas vuestra carne y vuestra sangre,
y dejad que vuestro guía esté hecho de madera.***

Rowan lo miró fijamente.

—El plano... —empezó con timidez—. Otro mensaje...

Jonn se plantó a su lado en un periquete y miró por encima de su hombro. Allun y Marlie también vinieron corriendo. Bronden se reunió con ellos sin tantas prisas, gruñendo por lo bajo. Val se quedó donde estaba, con la espalda apoyada contra una roca.

—¡Este poema es más confuso que el anterior! —se lamentó Allun.

—Pero sabemos que el anterior era importante para nosotros —dijo Marlie—. Y este también debe de serlo. —Leyó con el ceño fruncido—. «Cerrad vuestros oídos a los gritos de los seres queridos». —Miró a Allun—. Por lo visto, vamos a enfrentarnos a nuevos peligros.

—Sabíamos desde el principio que cada fase de este viaje los traería —dijo Jonn *el Fuerte*. Se frotó la barbilla con aire pensativo—. «Ceñid con cuerdas vuestra carne y vuestra sangre, y dejad que vuestro guía esté hecho de madera». De modo que esta vez el líder del grupo es importante. Tendríamos que decidir algo al respecto. ¿Qué significa «hecho de madera»?

—La madera es dura —dijo Marlie—. Dura..., lisa..., fría...

—Sin sangre —añadió Allun—. Sin sentimientos. Incapaz de sentir dolor.

—Fuerte —añadió Bronden—. Robusta. Natural. De la tierra.

—Sí. —Jonn *el Fuerte* se frotó la barbilla de nuevo—. Por lo tanto, el menos emocional del grupo. El que sea capaz de resistir mejor los gritos de los demás. El que tenga menos vínculos con las cosas de carne y sangre. Esa persona debería guiarnos.

—Bien, pues yo no soy —dijo con decisión Allun—. Y no es Rowan, por supuesto. Y me atrevería a decir, Jonn *el Fuerte*, que no eres tú. Al menos actualmente. —Dirigió una mirada de astucia a Rowan, quien volvió la cabeza. No quería pensar en Jonn *el Fuerte* y su madre. Ahora no. Nunca.

—Creo que, de los tres restantes, yo soy la más probable —dijo Bronden—. Porque no tengo familia, ni seres queridos. Trabajo sola con la madera un día sí y otro también, y lo considero agradable. Solo creo en lo que ven mis ojos. Yo os guiaré.

Así quedó decidido.

Media hora después, una vez hubieron comido y descansado, se pusieron en marcha de nuevo, guiándose con la brújula hacia el noroeste. El sendero había desaparecido. Complacida de estar al mando, Bronden gozaba de buen humor por primera vez desde que habían iniciado el viaje. Val caminaba tras ella, todavía en silencio, arrastrando los pies. Allun y Marlie venían a continuación. Después, Rowan, con Jonn *el Fuerte*, que volvía a cargar con la mochila del muchacho «para equilibrar el peso». Todos se detuvieron obedientes cuando Bronden lo ordenó, con el fin de cortar las ramas afiladas de los árboles que crecían en el camino, que olían a resina. Bronden dijo que más tarde podrían atar algunas de esas ramas para fabricar antorchas y sustituir de ese modo las que habían perdido por culpa de la huida de Ellis.

Aún seguían andando colina abajo, y el suelo era cada vez más húmedo. La hierba verde había desaparecido, y sus botas empezaban a hundirse ligeramente en algo semejante al barro.

Allun olfateó el aire y arrugó la nariz.

—¡Un pantano! —dijo con repugnancia.

Los árboles eran diferentes otra vez, de hojas oscuras e inmóviles. Gruesas raíces blancas surgían de sus troncos húmedos y retorcidos. Colonias de hongos brillantes brotaban de los troncos, como lenguas. El barro se hizo más blando. Las botas de Rowan producían un sonido de succión a cada paso que daba.

Y después llegó la niebla. Bronden se inclinó sobre la brújula, esforzándose en guiarlos a

través de la cortina remolineante, espesa y blancoamarillenta que los rodeaba. También remolineaba alrededor de los árboles, y se elevaba como vapor del barro lustroso y los grupos de cañas que crecían por todos lados. A medida que transcurrían los minutos, se fue espesando.

Por fin, dio la impresión de que se hallaban encerrados en un mundo silencioso y misterioso. Un mundo de niebla y barro. Solo se oía el ruido de succión de sus botas mientras avanzaban. Delante, detrás y a los lados la niebla se arremolinaba, cambiaba de forma y dirección como por voluntad propia, porque ni la menor brisa agitaba los árboles.

Entonces, a su izquierda, Rowan vio que algo se movía. Era grande y oscuro. Caminó más despacio, y aguzó la vista para distinguir la forma. La forma de...

Rowan lanzó un grito. ¡Era Estrella! Estrella, que se debatía y jadeaba en un charco de barro que la estaba engullendo. La niebla se despejó y vio el pánico dilatando sus ojos, mientras movía el cuello de un lado a otro en la pegajosa y asfixiante ciénaga.

Sin pensarlo dos veces acudió en su rescate, sin hacer caso del grito de sorpresa de Jonn *el Fuerte*. Oía sus mugidos de terror. Le pedía ayuda.

—¡Ya voy, Estrella! —gritó.

Pero el barro ya lo estaba engullendo. No encontraba ningún lugar donde hacer pie. No había terreno firme. Se estaba hundiendo en el lodo cada vez más. Volvió a gritar y agitó el barro con los brazos. Y Estrella seguía llamándole. Y el barro ascendió hasta su cintura, su pecho...

—¡Ya lo tengo! ¡Tirad!

La voz de Jonn *el Fuerte* lo despertó de su sueño de terror. Los fuertes brazos de Jonn le asieron por debajo de las axilas y le arrastraron con un horrible sonido de succión. Bronden y Val, que sujetaban los tobillos de Jonn, acabaron de izarles a los dos. Cayeron sobre el suelo en un confuso montón.

—¡Chico estúpido! ¿Qué idiotez es esta? —rugió Bronden.

—¡Estrella! —gritó Rowan, debatiéndose en los brazos de Jonn *el Fuerte*, sollozando y golpeando el pecho húmedo y fangoso del hombre—. Mi Estrella... ¡Mi bukshah! Está allí. ¡Ayudadme, os lo ruego! Se está ahogando. ¡Está muriendo! ¡Escuchadla!

—Allí no hay nada, Rowan. —Jonn *el Fuerte* hablaba despacio y en voz alta—. ¡Nada! ¡Piensa, pequeño, piensa! ¿Cómo podría estar Estrella ahí? Es imposible.

Rowan dejó de forcejear. Guardó silencio. Miró el lugar donde había estado Estrella. El barro estaba inmóvil. La niebla se arremolinaba justo encima, como antes. Se frotó los ojos.

—Parecía tan... real —tartamudeó.

—Tú... —empezó Bronden y se inclinó sobre él con aire amenazador—. Real o no, ¿pondrías en peligro nuestras vidas y nuestra misión por una estúpida bestia? ¿Qué vale la vida de un bukshah comparada con una humana? ¿Qué locura...?

—Deja en paz al chico, Bronden —interrumpió Jonn—. Sé que tienes motivos para decir eso, pero no todos comparten tus puntos de vista.

—El plano —se apresuró a añadir Marlie cuando Bronden respiró hondo—. El plano nos advirtió de esto. Hablaba de sueños que parecían reales, y de seres queridos que te llamaban. Aquí hay espíritus que no nos desean ningún bien.

¡El plano! Rowan tanteó angustiado su cinturón. El plano seguía en su sitio. Cubierto de barro pegajoso, pero al menos no perdido para siempre.

—¡Espíritus! —escupió Bronden—. Has pasado demasiado tiempo con tu amigo medio Viajero, Marlie la hilandera. No escuches sus cuentos. Eres hija de Rin, y deberías ser una persona sensata.

Bronden frunció el ceño y se alejó.

Allun y Jonn intercambiaron una mirada.

—Sigamos adelante —sugirió Allun—. Hemos perdido tiempo. Y aún tendremos que perder más en su debido momento, cuando Rowan y Jonn sequen su ropa. La cual —arrugó la nariz— necesita ciertas atenciones, en mi opinión.

—Mirad dónde pisáis —advirtió Jonn *el Fuerte*—. El lodo es traicionero. Puede que la próxima vez no tengamos tanta suerte.

Avanzaron a paso de tortuga, mientras el barro tironeaba de sus botas. La niebla se espesaba a su alrededor, llenaba sus bocas y narices con el sabor y el olor de la ciénaga. Rowan caminaba con la cabeza gacha. La húmeda mugre que se pegaba a su ropa e invadía sus zapatos le pesaba. Pero no cesaba de pensar en Estrella. No se atrevía a alzar la vista para no verla de nuevo, debatiéndose inútilmente en el pantano. Se preguntó por qué Bronden se había enfadado tanto con él. Debía comprender que...

Sintió, más que vio, que Marlie empezaba a agitar las manos y a frotarse las mejillas y la nuca.

—Siento que alguien me está tocando —exclamó, al tiempo que miraba hacia atrás—. Dedos. Dedos fríos, sobre mi cara y mi cuello, y...

—Solo es la niebla, Marlie —la calmó Allun—. Solo...

De pronto, dejó de caminar. Torció el cuello y también miró hacia atrás, por encima del hombro de Jonn *el Fuerte*. Los demás se volvieron con curiosidad para ver qué estaba mirando. Pero no había nada.

—¿Qué...? —Allun se había quedado boquiabierto. Empezó a retroceder sobre sus pasos, con la vista clavada en la niebla—. ¿Cómo...? ¡Madre! ¡Espera!

Sus pies se hundieron en el barro.

—No, Allun —chilló Marlie—. ¡Allí no hay nadie! ¡Detenle, Jonn! —sacudió la cabeza con violencia—. ¡Oh, basta! ¡Deja de tocarme!

Se abofeteó el cuello y los brazos y se masajeó la cara.

Perdida entre la niebla, más adelante, Bronden lanzó un grito.

Jonn agarró la chaqueta de Allun y tiró de él. Allun se revolvió, colérico.

—Déjame en paz, Jonn —gritó—. ¡Es mi madre, idiota! Me está llamando. Se ha perdido en el pantano. ¡Debo ir a ayudarla!

Empezó a debatirse para liberarse de la presa de Jonn *el Fuerte*, y lanzó puñetazos a su cara.

—¡No, Allun, no! —gritó Jonn, al tiempo que lo zarandeaba—. ¡Es una alucinación! ¡Una alucinación! ¡Tu madre está en casa, hombre!

—¿Qué está pasando? —gimió Val desde más adelante—. ¿Por qué no venís? ¡Oh, por mi vida, socorro! ¡Ellis! ¡Oh, Ellis! ¡Marlie! ¡Jonn! ¡Socorro! Bronden... Bronden está... No puedo

sostenerla. ¡Socorro!

8 ∞ Carne y sangre



Marlie y Rowan corrieron hacia el punto desde el que llegaba la voz de Val. Jonn los siguió, arrastrando consigo a Allun, que aún continuaba forcejeando, pero empezaba a aparentar más confusión que furia.

Encontraron a Val caída de bruces sobre un grupo de cañas, con los pies en tierra firme, el cuerpo en el barro, los brazos alrededor de la cintura de Bronden. Esta la rechazaba. En silencio y con determinación luchaba por zafarse, y tendía las manos hacia algo que solo ella podía ver, mientras el pantano la engullía.

—De repente gritó y se lanzó al barro —explicó Val con voz entrecortada—. No puedo sacarla. No quiere escucharme. Ojalá Ellis estuviera aquí. Yo... soy incapaz de pensar sin él.

Marlie sacó el rollo de cuerda de la mochila.

—Sujétame, Rowan. —Se tumbó junto a Val.

Rowan sujetó los tobillos de Marlie y vio que se tendría sobre las cañas en dirección a Bronden. Marlie era alta, pero no tanto como Val. Mientras reptaba sobre el barro, tiraba de Rowan, hasta que este quedó tendido sobre el camino. Sus músculos se tensaron cuando Marlie deslizó las manos por debajo de las de Val y anudó la cuerda alrededor del cinturón de Bronden. Val también gimió. Había sujetado el peso de Bronden demasiado rato. No aguantaría mucho más.

—¡Atrás! Rowan, intenta tirar de mí —gritó Marlie—. ¿Puedes hacerlo?

Rowan tiró con todas sus fuerzas, pero Marlie era pesada y tenía los tobillos resbaladizos a causa del barro. Notó horrorizado que sus manos empezaban a soltarse.

—¡Jonn! —gritó desesperado—. ¡Ayuda a Marlie! ¡Yo no puedo...!

—¡Marlie! —Oyó un ruido a su espalda, y después, dos manos fuertes y esbeltas se colocaron sobre las suyas, mientras la voz de Allun gritaba—: Ya te tengo, Marlie.

Tiró de ella, mientras la joven aferraba la cuerda, que era el salvavidas de Bronden.

Fue necesaria la fuerza de los tres para recuperar a Bronden, mientras Val yacía exhausta en el suelo y Rowan contemplaba la escena sin poder hacer nada. El barro retenía a su víctima, y la propia Bronden se les resistía. Incluso cuando la tuvieron a sus pies, sana y salva, llorando y gimiendo, intentó volver al limo que casi se la había tragado para siempre.

—Minna... —sollozaba—. ¡Minna, Minna, Minna!

—¿Quién es Minna? —susurró Rowan a Jonn *el Fuerte*. Había oído el nombre antes, pero no se le ocurría dónde—. ¿A quién vio Bronden?

Jonn sacudió la cabeza con tristeza, mientras miraba a la mujer, que lloraba.

—Me había olvidado de la pequeña Minna —dijo—. Me había olvidado por completo de ella, hasta que Bronden se enfadó tanto contigo por pensar en los bukshah. Creo que, salvo en una parte

secretos de su mente, Branden también la había olvidado. Pero este lugar...

—Cuando todos éramos pequeños, Rowan —dijo Allun—, y yo acababa de llegar a Rin, Branden tenía una amiga. Una sola. Minna, la pastora de los bukshah en aquel tiempo. Una niña tan silenciosa, dulce y timorata, como parlanchina, agresiva y valiente era Bronden. Nunca se separaban. Para Minna, solo existían Bronden y los bukshah. Para Bronden, solo existía Minna.

—Me acuerdo de Minna —dijo Marlie en voz baja—. Y también tu madre, Rowan. Todos fuimos a buscarla, incluso los niños, la noche que desapareció.

Bronden gimió y miró a Val, que estaba inclinada sobre ella.

—Minna está aquí, Val —dijo con voz estrangulada—. La he visto. Oí su voz. Sentí su mano en la cara. Pero Val... —Su rostro enérgico se derrumbó y afloraron lágrimas en sus ojos—. Val, todavía es una niña pequeña. No ha crecido. Ha estado vagando por aquí todos estos años, sola por completo. ¿Por qué no me dejaste ir con ella?

Jonn *el Fuerte* se arrodilló a su lado.

—Minna murió, Bronden —dijo con delicadeza—. Al menos, encontraron sus huesos, y los huesos de la cría a la que intentó salvar, en el pozo de la vieja mina. Acuérdate.

Rowan les miraba sin pestañear. Minna había sido callada y tímida, como él. Minna había muerto, buscando a un bukshah perdido. ¿Era por eso por lo que...?

—No tenemos la certeza de que fueran de Minna o del novillo —gimió Bronden—. No lo sabemos con seguridad. Siempre me he preguntado...

Jonn le acarició la frente. Su rostro traslucía una gran compasión.

—Minna está muerta, Bronden. Minna reposa en el cementerio. Los espíritus del pantano te han jugado una mala pasada para que abandonarás el suelo firme. Como hicieron con Rowan y su bukshah. También intentaron hacerlo con Allun y su madre.

—Yo no creo en esas cosas. —Bronden paseó la vista a su alrededor con ojos aterrorizados—. No obstante, sin duda dices la verdad, porque Minna no puede tener diez años todavía. Pero yo la vi. La sentí. La oí. —Sujetó las manos de Jonn *el Fuerte*—. ¡Jonn! ¡No dejes que me vuelvan a tocar! ¡No me dejes oírlos! No puedo soportarlo.

Se puso en pie con esfuerzo. La niebla remolineaba a su alrededor, y se sobresaltó como un animal asustado.

—Vamos, Bronden —dijo Jonn *el Fuerte*, todavía con voz dulce—. Vamos.

Empezó a guiarla hacia adelante.

—¡No! —Bronden clavó los pies en el suelo, con los ojos encendidos de miedo—. ¡No! ¡No puedo!

—¡Debes seguir, Bronden!

—¡No!

Se deshizo de él, jadeante, dio media vuelta y se puso a correr por donde habían venido, tapándose los oídos con los pulgares y los ojos con las manos.

—¡Bronden! —chilló Val—. ¡Vuelve!

Pero Bronden no se volvió ni vaciló. No tardó en perderse de vista.

Ahora eran cinco, pensó Rowan.

—¡Las arañas! —gimió Val—. ¡No podrá atravesar el bosque!

—Tiene las ramas que utilizó para fabricar antorchas —dijo Allun—. En cuanto salga de aquí, se detendrá y las atará, porque el miedo morirá en su interior y recuperará el sentido común. Desde este lado puede quemar la puerta de seda y ponerse a salvo. Es fuerte. No le pasará nada. Regresará al pueblo, como Ellis.

Val se puso a temblar. Parecía marchita y agotada.

—Ellis no ha regresado a Rin —susurró—. Me está esperando en la linde del bosque. Lo siento. Estoy absolutamente segura. Lo he sabido desde el primer momento. Nunca hemos estado separados tanto tiempo. Nunca en la vida, desde que estábamos en la cuna. Me he esforzado por no pensar en ello, pero...

—Vamos —dijo con vehemencia Jonn *el Fuerte*—. Nos encordaremos unos con otros. No podemos confiar en nuestra fuerza de voluntad.

«Ceñid con cuerdas vuestra carne y vuestra sangre».

Pero estaban resbalando lágrimas sobre la cara tosca y manchada de barro de Val.

—No puedo continuar —dijo—. Lo supe cuando llamé a Ellis mientras Bronden se revolvía en mis brazos. Lo siento muchísimo, pero no puedo seguir con vosotros. —Sepultó la cara entre sus manos—. No lo comprenderéis. Pensaréis mal de mí. No os culpo. Pero no puedo continuar sin él. Me falta la mitad. Ellis me está esperando. Me necesita, y debo reunirme con él. —Dio media vuelta—. Yo también haré antorchas —dijo—. Iré deprisa y alcanzaré a Bronden. Y regresaremos juntas.

Rowan, Jonn, Marlie y Allun la vieron alejarse sin decir nada. No se volvió.

—Es cierto —dijo Marlie por fin—. Era como si la mitad de Val se hubiera ido cuando Ellis escapó. Se resistió con valentía, pero al final no ha podido seguir sin él. Es extraño. Los dos parecían tan fuertes, como si nada pudiera afectarles...

«Cuatro —pensó Rowan—. Solo quedamos cuatro. Tan pronto...».

—La Montaña está haciendo bien su trabajo —dijo Jonn *el Fuerte*, como un eco de los pensamientos de Rowan—. Y aún queda mucho trecho.

Allun esbozó una sonrisa cansada.

—Tanto mejor que los que son amigos continúen juntos. Vámonos.

—Canta, Allun —añadió Marlie—. Por una vez, no deseo oír otra cosa.

Ciñeron la cuerda de Marlie alrededor de sus cinturas y se ataron en fila india. Jonn, Rowan, Allun y Marlie. Siguieron andando, sin mirar a ningún lado, con los ojos clavados en el suelo y el canto de Allun resonando en sus oídos. Tenía una voz dulce, pero sonaba débil y triste en la niebla, y no los alegró en exceso.

—Es una suerte que recobraras la sensatez, Allun el Panadero, a tiempo de impedir que me hundiera en el barro y arrastrara conmigo al pobre Rowan —comentó Marlie al cabo de un rato.

—Oí la voz de Rowan llamándote —dijo Allun, y sacudió la cabeza—. Fue como si despertara de un ensueño.

Jonn *el Fuerte* lanzó un grito de sorpresa a la cabeza de la fila. Se tambaleó hacia atrás, al tiempo que sacaba una pierna mojada y cubierta de barro del suelo traicionero que había pisado.

—El sendero del noroeste es impracticable —comentó—. Ignoro la profundidad de la ciénaga. Tendremos que encontrar otro camino.

Tanteó con cautela a su alrededor, pero su pie siempre se hundía bajo el barro.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Rowan.

—La advertencia del plano decía: «Y dejad que vuestro guía esté hecho de madera» —empezó a decir Marlie, vacilante—. Creímos que el guía debía de ser una persona que no tuviera en mucha estima a los demás. —Reflexionó un momento—. Pero tal vez el significado de las palabras sea muy diferente. Tal vez significan exactamente lo que dicen, y su intención era ayudarnos en este preciso momento.

Y así fue como comprendieron y ejecutaron por fin las instrucciones. Volvieron atrás y cortaron la rama más recta que pudieron encontrar de un árbol. La compararon con Rowan, el más bajo del grupo, e hicieron una marca a la altura de su hombro. Esa rama, esa madera, se convirtió en su guía.

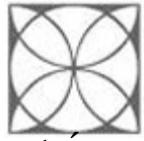
Jonh iba hundiendo la rama en el barro. Cuando se apoyaba en suelo firme, y el barro llegaba a un punto situado por debajo de la marca, avanzaban. Cuando se hundía hasta el punto que el barro subía por encima de la marca, lo intentaban una y otra vez hasta que encontraban un lugar seguro.

Avanzaron paso a paso, a menudo hundidos en el barro hasta el pecho. Sus progresos eran penosamente lentos. La niebla blancoamarillenta los rodeaba sin cesar, y a veces distinguían formas y oían voces que susurraban. Pero solo miraban adelante, y cerraban sus oídos a los gemidos y sollozos que los llamaban, sujetos a la cuerda que los enlazaba.

Por fin, llegó un momento en que la rama se hundió hasta quedar cubierta. Entonces, Allun y Marlie cargaron con las mochilas de Jonh, y este subió a Rowan a su espalda. Y siguieron avanzando, a tientas y a ciegas, siempre en dirección noroeste, hasta que por fin sintieron suelo firme bajo sus pies, el terreno empezó a elevarse y comprendieron que su espantoso viaje por el pantano estaba a punto de terminar.

Agotados y tambaleantes, salieron del barro, dejaron atrás la niebla y los árboles retorcidos de hojas oscuras, y pisaron una tierra en la que volvía a crecer la hierba. Siguieron subiendo, hasta un lugar en que el aire era fresco y agradable y brillaba el sol. Y allí cayeron al suelo y durmieron por fin.

9 ∞ El viaje prosigue



Rowan despertó temblando. El cielo era de color naranja y rojo alrededor de la cumbre de la Montaña, envuelta en nubes, y el aire era cada vez más frío. Jonn, Marlie y Allun seguían durmiendo, tumbados a su alrededor sobre la hierba. Todos, incluso Jonn *el Fuerte*, parecían más jóvenes y desvalidos. Sus ropas, como las de Rowan, aún estaban húmedas e impregnadas del hedor del pantano. Tenían la cara y las manos sucias y manchadas; el pelo empapado y con costras de barro. Cuán diferente este pequeño grupo de aquel que había partido con tanta gallardía por la mañana. Y cuánto había cambiado su opinión sobre el papel que iba a desempeñar en él. Rowan contempló a los tres adultos dormidos y se preguntó qué sentía por ellos. Antes, aunque los conocía bien desde la infancia, les había tenido miedo. Ahora, se habían ganado su confianza. No solo cuidaban de él, sino que casi parecía caerles bien. Pensó en ello con sorpresa.

Marlie abrió los ojos, parpadeó, adormilada, un momento, vio que Rowan la estaba mirando y sonrió. Se sentó y se pasó los dedos por el pelo pegajoso.

—Será mejor que despertemos a los demás —dijo—. Y que encendamos un fuego. Parece claro que pasaremos la noche aquí.

Más tarde, los cuatro se sentaron alrededor de la hoguera y se dieron un festín de pan tostado y queso fundido, frutos secos, miel y tortas de avena, además del mejor café tostado de Solla. Había oscurecido y hacía frío. La luna proyectaba un resplandor blanco sobre el cielo saturado de estrellas, detrás de un velo brumoso de nubes.

Mientras comían dentro del brillante círculo de luz, Allun, Marlie y Jonn hablaban del pueblo, contaban historias de tiempos pretéritos y anécdotas que los hacían reír. Casi parecía que estaban sentados delante del hogar de Jiller, en Rin.

Rowan escuchaba como lo hacía en casa, y se preguntó por qué de repente todo parecía tan natural y relajado. Entonces lo comprendió. El motivo era que Bronden, Val y Ellis ya no estaban con ellos, y Allun había bajado la guardia. Todavía hablaba y bromeaba como de costumbre, pero en su boca no aparecía aquella mueca de amargura, y se contentaba con estar sentado en silencio, atizando el fuego.

Rowan había oído decir a Jiller que, cuando eran niños, había llegado a la conclusión de que las bromas y salidas teatrales de Allun conformaban una armadura más fuerte que los músculos de hierro de Val y Ellis o el mal humor de Bronden. En cierto modo, aunque Allun ya era un adulto, Rowan se dio cuenta de que la armadura seguía intacta. Lo cual era necesario, pues estaba claro que para muchos aldeanos, como los tres que los habían abandonado hoy, Allun nunca sería uno de los suyos. Nunca sería aceptado por completo, por más que lo deseara y por más que lo intentara,

debido a que su padre era uno de los Viajeros.

Mientras examinaba el rostro enjuto de Allun a la luz de la hoguera, Rowan vio que estaba atrapado entre dos pueblos. Al menos, eso creía él. Esa suposición le ponía en guardia. Pero de vez en cuando, con los amigos de confianza, podía comportarse con espontaneidad.

Rowan escuchaba mientras los demás hablaban, y se sentía consolado por su presencia. Nadie hablaba de Bronden, Val o Ellis. Nadie miraba el plano desplegado para que el fuego lo secara. Nadie hablaba del pantano, las arañas o el viaje que aún los aguardaba.

Pero cuando terminaron de comer y convirtieron los tallos verdes de Bronden en antorchas para el día siguiente, y el fuego se hubo reducido a unas brasas llameantes, la intensa oscuridad empezó a afectarles. Poco a poco, fueron enmudeciendo. Rowan se removió nervioso. Habían secado sus ropas como habían podido, pero no les fue posible lavarlas, tenían que reservar el agua de las cantimploras para beber.

Rowan habría dado cualquier cosa por un largo baño caliente. «Madre sonreiría al oírme — pensó—. Por lo general, me quejo de tener que bañarme». Al punto, sintió una punzada de soledad.

A esas alturas, Ellis, Bronden y Val estarían cerca de casa. No permitirían que la oscuridad los detuviera. Entrarían en Rin a una hora en que la gente ya estaría pensando en apagar la lámpara y acostarse. Annad ya estaría durmiendo en la pequeña habitación que compartía con Rowan. Jiller estaría sentada junto al fuego, abajo. Leyendo, tal vez, o zurciendo algo. ¿Estaría pensando en él? ¿Qué sentiría cuando se enterara del regreso de los demás?

Allun observaba su cara triste.

—La misma luna está brillando sobre Rin —murmuró, y señaló al cielo—. Piensa en eso.

—No vale la pena guardar este último pedazo de dulce de leche, Rowan —dijo Marlie, y le tendió el paquete—. Estoy segura de que podrías terminarlo por nosotros.

—El plano ya debería de estar seco, ¿no crees, Rowan? —preguntó Jonn como si tal cosa, casi exactamente en el mismo momento.

Rowan se dio cuenta de que todos trataban de consolarle a su manera. Sonrió con timidez a Allun, tomó el pedazo de dulce de leche que le ofrecía Marlie y asintió mirando a Jonn *el Fuerte*.

Sacudió el barro seco del pergamino. Siguió su camino con el dedo y localizó el lugar donde habían acampado. Daba la impresión de que habían recorrido una tercera parte del viaje. Desde allí deberían desviarse de nuevo hacia el oeste, y seguir subiendo hasta lo que parecía un empinado precipicio. Allí, la línea roja se interrumpía con brusquedad. El corazón de Rowan dio un vuelco cuando pensó que les aguardaba otra temible ascensión.

Miró el tercer espacio en blanco del plano. Allí estaba. Mejor dicho, estaba el lugar donde había estado. Se inclinó sobre el pergamino y leyó en voz alta las palabras a la tenue luz del fuego:

***Buscad la mano que indica el camino
y tomad el sendero en el que juegan los niños.
Allí, donde el rostro que respira en un suspiro
se inclina para admirar sus ojos relucientes,***

*vuestro camino está indicado por líneas de luz,
que significan la huida de la noche eterna*

—¡Niños! —exclamó Allun—. ¿Vamos a encontrar gente en este lugar? ¡Gente significa agua, Marlie! Y bañeras donde lavarse. Y camas blandas. ¡Y cuencos de sopa!

Jon *el Fuerte* contempló la silenciosa y oscura Montaña.

—Si hay un pueblo tan cerca, está bien escondido —dijo—. De todos modos, ya veremos. Vamos a descansar. Nos pondremos en marcha con las primeras luces. Sería estupendo ser visitantes madrugadores, si visitantes hemos de ser.

Pese a su cansancio, Rowan permaneció despierto un rato después de que todos se dieran las buenas noches. Los otros guardaban silencio, Jon y Allun envueltos como crisálidas en sus capullos; Marlie acostada, con la suya por encima. Tendría frío por la noche, pensó Rowan. Él estaba a gusto, y el fuego brillaba bien alimentado. Pero las palabras del verso del plano daban vueltas en su cabeza y siempre terminaban igual. De la misma forma aterradora que le despertaría sobresaltado y volvería a iniciar el proceso de nuevo. «Noche eterna... noche eterna... noche eterna...».

‡ ‡ ‡

Despertó con la cabeza cargada y oyó a Marlie amontonando tierra sobre el fuego, y a Allun silbando. Aún era de madrugada, pero el cielo empezaba a clarear y los pájaros cantaban. Rowan pensó en Estrella y los bukshah, avanzando hacia la charca para beber con Jiller y Annad. Imaginó sus resoplidos de perplejidad al encontrar el agua más baja que nunca. A esas alturas, ya debían de tener mucha sed. Probarían el fangoso líquido marrón que quedaba, sacudirían sus pesadas cabezas y patearían el suelo. Y se preguntarían dónde estaba él. «Vamos todo lo deprisa que podemos, Estrella». Rowan cerró los ojos y se concentró lo máximo posible en las palabras, como si de esa manera el mensaje pudiera llegar a su amiga. «Pronto llegaremos a la cumbre de la Montaña. Conseguiremos que el agua fluya de nuevo. Pronto...».

Entonces recordó, y sus ojos se abrieron de nuevo, llenos de horror. Mañana, o pasado mañana, llegarían a la cumbre de la Montaña. Y... al Dragón. Su corazón dio un vuelco y se sintió enfermo. Le habían pasado tantas cosas, había tenido tanto miedo durante este viaje, que por un momento había olvidado su mayor temor. Hasta ahora. Y después pensó en otra cosa. Otro día. Otra aurora. Y la Montaña estaba silenciosa, salvo por los pájaros. Una vez más, el Dragón no había rugido.

Aún estaba reflexionando sobre estas cosas, cuando partieron de nuevo en dirección oeste, hacia arriba.

—Allun —dijo con timidez—, ¿crees que el Dragón podría estar muerto o que se ha ido a otro sitio?

—Eso espero —contestó Allun, risueño—. Después de meditarlo bien, he decidido que preferiría no conocerlo.

—Esta mañana no se ha oído nada desde la cumbre de la Montaña —intervino Marlie.

—No, ni anoche —admitió Jonn *el Fuerte*. Miró a Rowan—. Muchos dicen, por supuesto, que no hay ningún Dragón en la cumbre de la Montaña. Nadie lo ha visto nunca. No tenemos pruebas de que las viejas historias sean ciertas.

—Bronden no las creía —dijo Marlie.

Al instante, el mismo pensamiento se materializó en la mente de todos. Bronden no creía en nada que no viera con sus propios ojos. Y Bronden había descubierto que estaba equivocada. Muy equivocada.

Jonn se puso a andar un poco más deprisa. Cargaba de nuevo con la mochila de Rowan; pero, incluso sin ese peso extra, Rowan debía esforzarse por no quedar rezagado. Al cabo de un rato, ya no le quedaban energías para pensar en otra cosa que no fuera el camino empinado que seguían. Tal vez esa era la intención de Jonn.

Se abrieron paso entre algunos arbustos arracimados en lo alto de la elevación. Entonces, Allun lanzó una exclamación y Marlie masculló por lo bajo. Rowan alzó la vista. Delante de ellos, alzándose sobre las copas de los árboles, había un precipicio de roca rojodorada que brillaba bajo los primeros rayos del sol. Jadeó sin aliento y lo miró, fascinado.

Comprendió que había visto aquel lugar muchas veces, mientras cuidaba de los bukshah al salir el sol. Pero entonces lo había visto pequeño y muy lejano. Entonces, si miraba hacia la Montaña, veía una masa boscosa, después una franja rojodorada centelleante, y después la nube que ocultaba la cumbre de la Montaña. Pero ahora el precipicio se alzaba ante él, y vio que caía desde la nube como una muralla, una muralla casi tan lisa y recta como el costado del molino de Rin.

No podría subir. Lo sabía. Solo verlo le llenaba de terror. Apretó los labios para no gritar, y la desesperación le embargó. Habían llegado tan lejos, habían luchado tanto, para acabar siendo derrotados por la Montaña.

Porque no era el único incapaz de subir por aquel precipicio. Cuanto más cerca se encontraban, más claro estaba que era imposible escalarlo. No había puntos de apoyo. No había nada con qué aferrarse a la piedra. Ni plantas, ni huecos, ni rocas afiladas. Nada.

—Tenemos un problema —comentó Allun.

—Eso parece —dijo Jonn *el Fuerte*. Examinó el precipicio con los ojos entornados.

—No deberíamos desesperarnos —dijo Marlie, mientras se secaba el sudor de la frente y se estremecía al mismo tiempo. El aire era frío ahora, y un viento gélido soplaba a su alrededor—. Puede que el camino se vea con más claridad cuando lleguemos al lugar.

Allun y Jonn se pusieron a andar de nuevo con semblante sombrío. Rowan comprendió que no compartían las esperanzas de Marlie.

Pero cuando media hora después salieron de los árboles y vieron lo que había al pie del acantilado, cayeron en la cuenta de la sabiduría de sus palabras.

—¡Una cueva! —exclamó Jonn. Miró en el interior de la oscura hoquedad, que era como una puerta en la roca—. Y muy profunda. ¿Podría ser...? ¡Rowan!

Se congregaron alrededor de Rowan mientras desenrollaba el mapa. La línea roja ascendía de una manera muy empinada, eso era cierto, pero no tanto como el acantilado que se alzaba hacia las

nubes.

—¡Maravilloso! —canturreó Allun—. Un acceso fácil. ¡Y a salvo de las inclemencias! —Se volvió hacia Marlie—. ¡Qué alivio!

Ella forzó una sonrisa.

—Ya lo creo —contestó, pero Rowan vio que había palidecido.

Encendieron una de las antorchas que habían fabricado la noche anterior. En cuanto prendió, produjo una llama lenta y constante. Marlie abrió la marcha, con la antorcha en alto, cuando entraron en la cueva.

Los recibieron unos chillidos agudos. Unos chillidos y el batir de un millar de alas correosas, cuando centenares de murciélagos, despertados de su descanso diurno, cayeron desde el techo de la caverna y giraron a su alrededor, azotando sus rostros.

Inclinaron la cabeza entre gritos y se acuclillaron en el suelo arenoso, protegiéndose los ojos con los brazos. Rowan se oyó chillar junto con los demás. Tuvo la impresión de que transcurría una eternidad antes de que los chillidos cesaran y los animales, impulsados por el pánico, se marchasen. Solo entonces, Marlie, Jonn *el Fuerte*, Allun y Rowan se levantaron poco a poco, jadeantes como si hubieran estado corriendo. Se miraron, y Allun sonrió.

—¿Quiénes creéis que estaban más asustados? ¿Nosotros o los murciélagos?

Carcajadas de alivio resonaron en las paredes de piedra. La antorcha parpadeó y arrojó largas sombras.

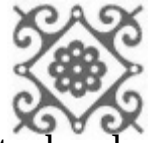
—¡Mirad! —gritó Rowan.

Al final de la cueva, junto a una ancha entrada arqueada que parecía conducir a otra cámara, se erguía una roca solitaria de extraña forma. Era más estrecha por abajo que por arriba, y un escuálido dedo de piedra señalaba desde ella.

«Buscad la mano que indica el camino...».

Con la antorcha en alto, avanzaron y atravesaron la arcada, internándose en el corazón de la Montaña.

10 Noche eterna



Estaba oscuro, muy oscuro. Y hacía mucho frío. Marlie levantó la antorcha y Rowan contuvo la respiración, asombrado. Incontables lanzas de piedra irisada colgaban del techo de la caverna. Extrañas sombras achaparradas se elevaban del suelo, formando grupos y líneas. La cueva era enorme. No se veía su final.

Jonh avanzó un paso, echó un vistazo a su brújula y vaciló.

—La aguja de la brújula oscila —dijo—. Algo está interfiriendo en su funcionamiento.

—El metal de la roca, quizá —sugirió Marlie. La luz de la antorcha proyectaba reflejos amarillos sobre su cara. Se removió, inquieta.

—Quizá. En cualquier caso, sería absurdo confiar en ella por completo. Pero sin este aparato, ¿cómo vamos a encontrar el camino que debemos seguir? Sería muy fácil perdernos en este laberinto.

—«... Y tomad el sendero en el que juegan los niños» —recitó Rowan—. Es lo que el plano nos dijo.

—Sería un niño muy valiente el que se aventurara hasta aquí —observó Allun.

Rowan paseó la vista a su alrededor, de puntillas y estirando el cuello, hasta que vio lo que estaba buscando.

—Creo que, quizá... —empezó, y calló. Tal vez se estaba comportando como un idiota. No quería que se extraviaran por su culpa, ni que se rieran de él.

—Habla, Rowan —le apremió Jonh *el Fuerte*—. No es el momento de que quien tenga un plan en mente se muerda la lengua.

—Puede..., puede que sean las piedras —tartamudeó Rowan. Señaló—. Esas piedras son más pequeñas que las otras. Allí. Hay un espacio entre ellas, como un sendero. Y sus formas...

—¡Por supuesto!

Allun se apoderó de la antorcha de Marlie y los guio hasta el lugar. Dos hileras de piedras extrañas, torcidas y nudosas como niños gateando, se alejaban en la oscuridad. Entre ellas, se abría un sendero arenoso.

—Nos han indicado el camino —dijo Jonh, satisfecho, y guardó la brújula—. Y ahora...

—Buscamos el rostro que respira en un suspiro y tiene ojos relucientes —rio Allun—. Eso pinta interesante.

Los guio por el sendero, con la antorcha delante de él. Rowan miró atrás y vio que la caverna desaparecía en la oscuridad. «Noche eterna». Se estremeció.

Siguieron adelante. Hacia arriba. Siempre hacia arriba. Estaban ascendiendo a través del centro de la Montaña. Rowan procuraba no pensar en las toneladas de roca y tierra que los

rodeaban, que ejercían presión, que los aislaban de la luz y el aire. Si se perdían aquí, nadie los encontraría jamás. Vagarían en la noche eterna hasta morir, y la Montaña sería su tumba. Intentó reprimir el temor, pero este aumentó y se instaló en su estómago y su corazón, dificultándole la respiración.

Continuaron ascendiendo, cada vez más alto, atravesando una cámara tras otra. A los costados, los niños petrificados se doblaban en dos y se extendían en un juego infinito. Los viajeros poco decían, porque el sendero era empinado.

El silencio que los rodeaba era tan espeso como la oscuridad. Rowan oía el siseo de la antorcha, de su propia respiración, el jadeo de Marlie detrás de él, y el ruido de las botas de Jonn, que aplastaban arena y daban patadas a las piedras que encontraba por el camino.

—¡Otra caverna! —La voz de Allun resonó en paredes que no podían ver. Oyeron que se precipitaba hacia delante, y la luz de la antorcha desapareció—. ¡El rostro! —exclamó—. El rostro está...

Su voz enmudeció.

—¿Qué pasa, Allun? —gritó Marlie, al tiempo que avanzaba—. ¡Contesta, Allun! Vuelve con la antorcha. ¡No podemos ver!

—El rostro... —llamó. Su voz sonaba extraña, como si se estuviera atragantado—. Está aquí. Venid. Pero despacio.

La luz de la antorcha reapareció, y subieron con cautela hacia ella. Allun estaba parado junto a un amplio hueco abierto en la roca. No sonreía cuando llegaron a su lado, pero introdujo la antorcha en el hueco.

—Vedlo por vosotros mismos —dijo—. Pero os repito que vayáis con cuidado.

Pasaron por la abertura y entraron en la siguiente gruta. Delgadas columnas blancas y amarillas colgaban del techo; pero el suelo negro y reluciente, bajo el saliente en el que se hallaban, era liso como un espejo. Al otro lado, había un muro de roca. Un muro con una protuberancia sobresaliente en el medio. Una protuberancia en forma de cara, que los estaba mirando. Vieron la nariz torcida, las mejillas hinchadas, la boca entreabierta, la barbilla ancha. Y los ojos centelleantes que arrojaban rayos de luz hacia el suelo. «Vuestro camino está indicado por líneas de luz».

También percibieron un sonido. Como un silbido, una respiración.

—Respira —susurró Marlie—. La cara respira, como predecía el poema.

—Un pasaje lateral debe de permitir el paso del aire —exclamó Jonn—. ¡Lo que estamos oyendo es el aire del exterior, Marlie! Hemos ascendido mucho por estas cavernas. Debemos de estar llegando al final de nuestro viaje.

—Temo que, al menos para mí, el viaje ha terminado —dijo Allun, con aquella voz extraña.

Se sostenía con la espalda apoyada contra la pared, y cuando le miraron, resbaló hasta sentarse en el suelo.

—¡Levántate, Allun! —ordenó Marlie—. ¿A qué juegas?

—De haberlo sabido, no habría venido —dijo Allun con voz cansada—. ¿Cómo podía saberlo? ¿Quién podía pensar que era posible?

Se frotó los ojos y sacudió la cabeza.

—¡Allun, no sabemos a qué te refieres! ¡Vamos! Hemos de seguir adelante. —Jonn *el Fuerte* frunció el ceño y se alejó. Cuando lo hizo, su bota golpeó un guijarro, que cayó al suelo, negro y lustroso.

Se oyó un chapoteo y el guijarro desapareció. Se formaron ondas en la pulida superficie que habían confundido con tierra firme.

—Agua —dijo Allun. Estaba demacrado—. La caverna está llena de agua. Aguas profundas, porque es negra y no se puede ver el fondo.

—¿Y qué? —preguntó Marlie—. Soportaremos el frío y las atravesaremos a nado.

Allun enarcó las cejas.

—Pero yo no sé nadar, querida Marlie.

—¿Cómo?

Lo miraron boquiabiertos, y él les devolvió la mirada, desafiante.

—Es algo que los Viajeros no te enseñan de pequeño —dijo—. De manera muy sensata, los Viajeros dejan la natación a la gente de Maris. Al fin y al cabo, son los que viven del mar, y tienen manos y pies palmeados para que su desdichado negocio rinda más beneficios. Los Viajeros se niegan a relacionarse con el agua en cantidades superiores a las que pueda contener una bañera.

—Pero en Rin todos aprendemos a nadar —estalló Rowan—. Es obligatorio. Desde que empezamos a andar, como quien dice. Hemos de ir a la costa o al río de la llanura solo para aprender.

Se encogió cuando recordó las lecciones en el río. Al final, había aprendido a nadar, pero no había disfrutado.

Allun sonrió con amargura.

—Ah, sí. En Rin es diferente. En Rin has de dominar todas las habilidades físicas; de lo contrario, te consideran un inútil. Aunque vivas tierra adentro. Aunque tengas que viajar un día y una noche para practicar la natación, y tal vez no nades en un año, o en toda tu vida, pero has de saber nadar. Al igual que has de ser capaz de escalar, pelear, correr, etcétera, etcétera. Esas cosas, en Rin, se consideran importantes.

—Son importantes —gritó Marlie—. Una persona ha de estar preparada para todas las aventuras que se le presenten. ¡Como podemos comprobar en este preciso momento, Allun! —Lo miró, desesperada—. Así que no aprendiste a nadar cuando eras pequeño. Qué desgracia. Pero ¿por qué no aprendiste cuando llegaste a Rin, demonios?

Allun la traspasó con la mirada.

—¿No era ya objeto de befa y mofa? ¿Yo, el niño Viajero enclenque y de aspecto extraño, que nunca llevaba zapatos y no conocía las costumbres de vuestro pueblo? A los diez años, las burlas de los otros niños son difíciles de soportar. Rowan puede decírtelo.

Miró a Rowan, que asintió en silencio. Tenía razón. Allun comprendía cómo se sentía.

Marlie tomó el brazo de Allun.

—Lo entiendo, Allun, pero habrías podido pedir que te enseñaran a nadar...

Allun se revolvió contra ella.

—No, no lo entiendes. ¿Iba a convertirme todavía más en un payaso, iba a permitir que aquellos abusones que se congregaban bajo el Árbol de la Sabiduría conocieran mi debilidad? No podía aprender en secreto. No hay agua en Rin, salvo en el río y en la charca de los bukshah. ¡Habría tenido que pedir que me llevaran al río de la llanura para aprender con los niños de tres años! Cuánto se habría alegrado Ellis.

Se encogió de hombros y convirtió su cara en una máscara cómica.

—Y como puedes comprender, cuanto más esperé, más difícil se me hizo —dijo—. Antes de darme cuenta, yo era algo impensable: un adulto de Rin que no sabía nadar. —Sonrió—. Daba igual, por supuesto —continuó en voz baja—. Daba absolutamente igual. Hasta ahora.

Jonn *el Fuerte* sacudió la cabeza.

—Tiene que haber una forma —empezó—. Si pudieras...

—Jonn, has de aceptarlo, como yo lo he hecho. No sé nadar. Ni por asomo —dijo Allun con firmeza—. Con lo cual, si estáis pensando en ayudar a este caso perdido, pensadlo dos veces. El agua está helada. Ya os costará bastante manteneros vosotros mismos a flote, para encima tener que ocuparos de que no me ahogue. Las cuerdas no llegarán hasta el otro lado. De modo que quitáoslo de la cabeza.

—Por eso nunca ibas a la costa los días de mercado, Allun. —Jonn le miró con aire pensativo—. Me había preguntado a menudo...

—Bien, ahora tus dudas han llegado a su fin —sonrió Allun. Pero volvió la cabeza.

Marlie se mordió el labio.

—No puedes volver solo a Rin, Allun —estalló por fin—. El pantano significará tu muerte, sobre todo sin nadie que te acompañe.

—Ya lo he pensado. —Allun se sacudió la chaqueta, como si eliminar el barro seco adherido fuera lo más importante para él—. Acamparé junto a la boca de la cueva. Os esperaré allí. —Lanzó una amarga carcajada—. Pensaba que sería el héroe de Rin. Que les demostraría de lo que puede ser capaz un medio Viajero. ¿Quién habría pensado que una debilidad tan ínfima significaría mi perdición? ¿Y que debido a mi estúpido orgullo decepcionaría a mis amigos? —No miraba a Jonn *el Fuerte*—. Daría cualquier cosa porque no fuera así. Perdonadme.

«Siete corazones partirán de viaje. De siete maneras se romperán los corazones».

Jonn extendió la mano.

—No hay nada que perdonar, viejo amigo. Espera nuestro regreso. Haz más antorchas, si encuentras buena leña. Las necesitaremos. —Titubeó, y después prosiguió en voz baja. Había vuelto la cabeza para que Rowan no le oyera, pero este consiguió captar sus palabras—. Si no regresamos dentro de tres días, Allun, no has de esperar más. Debes regresar a Rin como puedas. Con los que nos quieren. Mejor que sepan lo peor a que no sepan nada. ¿Entendido?

—Entendido.

Allun tomó la mano de Jonn y la estrechó con fuerza.

—Vamos, pues —dijo Marlie. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Rodeó entre sus brazos a Allun—. Volveremos —susurró—. Cuídate.

—Y tú, Marlie.

Jonn, Rowan y Marlie se quitaron las botas, se quedaron en ropa interior y guardaron las demás prendas en las mochilas. Después, temblando, entraron en el agua y se pusieron a nadar.

Estaba muy fría, ciertamente. Tan fría que a Rowan se le erizó la piel, y después empezó a notar que su cuerpo se entumecía. El agua penetró en su boca, áspera y amarga. Atravesaron la charca negra, como cangrejos que siguieran las líneas de luz, nadando con la mano derecha y sujetando en alto la mochila con la izquierda.

Cosas indescriptibles rozaron los pies y piernas de Rowan mientras nadaba. Apretó los dientes al pensar en ellas, pero siguió adelante sirviéndose del brazo derecho, que sentía cada vez más lento y pesado. Pronto se sumió en una horrible agonía, pero peor que el dolor de continuar era la idea de hundirse en aquel agujero negro y silencioso, para no volver a ver jamás la luz y el aire.

Entonces, su mano golpeó una roca, y con una oleada de alivio comprendió que hacía pie. Alzó la vista. La enorme cara de piedra se hallaba sobre él. Marlie ya estaba saliendo de la charca, jadeante y chorreando agua. Detrás de él, Jonn *el Fuerte* lanzó su mochila cuando llegó a la orilla. Todos se volvieron y llamaron a Allun, que estaba esperando angustiado al otro lado. Se hallaban en la zona de sombras, de manera que no podía verlos, pero levantó la antorcha en respuesta a sus gritos. Al menos, sabía que estaban a salvo.

Marlie se agachó y ofreció la mano a Rowan para izarle a su lado. Sus dientes castañeteaban tanto que no podía hablar. Dio saltitos para calentarse. Marlie, con dedos helados y torpes, abrió su mochila y sacó las ropas de las que Rowan se había despojado para nadar.

—Quítate la ropa interior mojada y ponte esta antes de que mueras congelado —advirtió—. Está un poco húmeda, pero eso es mejor que nada.

Rowan sabía que no podía hacerlo. Delante de Marlie, no. Ya no se desvestía delante de su madre. Vaciló.

—¡Por mi vida, Rowan! —exclamó Marlie, divertida y exasperada a la vez, con su ropa aferrada en los brazos—. Te han atacado arañas gigantes, casi te engulle un pantano, y ahora has estado a punto de ahogarte y congelarte, ¡y te da vergüenza desnudarte delante de mí! ¿No te parece ridículo?

—En absoluto —sonrió Jonn *el Fuerte*, que estaba detrás de ellos—. Lo entiendo muy bien. Hay cosas que un hombre no puede hacer. Sugiero que te des la vuelta, Marlie. Así conservaremos el recato y entraremos en calor sin más dilación.



Las antorchas estaban húmedas, pero al menos consiguieron encender una. El plano, enrollado y envuelto en la ropa de Rowan durante la travesía a nado, había sobrevivido.

Jonn y Marlie se acuclillaron al lado de Rowan, mientras este lo desenrollaba y lo extendía sobre sus rodillas.

Las líneas rojas continuaban hacia arriba, daban vueltas y vueltas. En el siguiente espacio en blanco, el poema que Rowan esperaba había aparecido:

Izquierdo o derecho, ¿cuál tomaréis?

Pues ambos os partirán el corazón.

Uno es cruel, el otro leal; uno es un pasaje, el otro una trampa.

Elegid el que oculta la luz,

Y sabréis que vais por el buen camino.

Todos alzaron la vista hacia la enorme pared de piedra. Los ojos centelleantes todavía arrojaban sus reflejos sobre el agua, y ahora que se encontraban debajo de ellos vieron que estaban huecos. Eran entradas. ¿A qué y a dónde? ¿Cuál era la puerta que conducía a la cumbre de la Montaña? Rowan volvió a inclinar la cabeza sobre el plano. El contorno no proporcionaba pistas. No había señales que indicaran pasajes gemelos. Las únicas pistas estaban contenidas en el poema.

—Echaremos un vistazo a los dos y decidiremos —dijo Jonn.

Pero cuando escalaron la pared rocosa y examinaron sus ojos, descubrieron que ambas cuevas eran muy parecidas. Las paredes de las dos brillaban debido a unos extraños hongos blancoazulados. Las dos eran de un tamaño y forma parecidos, aunque la izquierda era un poco más alta, y la derecha, más amplia. De las dos brotaba un sonido que recordaba un suspiro, una respiración.

—¿Qué significa «uno es cruel, el otro leal»? —preguntó Marlie—. ¡Ambas son iguales!

—Quiere decir que deberíamos elegir la que oculta la luz —indicó Rowan—. Tal vez deberíamos probar las dos, para ver en cuál de ellas la antorcha parpadea y se apaga.

Marlie se removió inquieta y se apartó el pelo húmedo de los ojos.

—Estoy de acuerdo —dijo Jonn *el Fuerte*—. Primero exploraremos la de la derecha. Quién sabe si el último verso del poema dice toda la verdad, tal como sucedió en el pantano. Dice: «Sabréis que vais por el buen camino». Tal vez signifique justo eso.

Alzaron la antorcha hacia Allun. Vieron que levantaba la suya a continuación, y daba media vuelta para iniciar su solitario camino de regreso hacia la entrada de la caverna. Después, se

adentraron en el pasaje de la derecha. Se curvó al instante, y luego otra vez, y Rowan no tardó en perder el sentido de la orientación.

Podía caminar erguido, pero Marlie y Jonn tuvieron que agachar la cabeza un poco, porque el techo era bajo. Siguieron adelante, tropezando en el suelo sembrado de rocas, y la llama de la antorcha brillaba con tanta luminosidad como siempre. De pronto, se detuvieron. Delante de ellos, el pasaje se convertía en un estrecho túnel, apenas lo bastante amplio para seguir a gatas.

—Ahí está la respuesta —dijo Marlie, jadeante—. Una verdadera trampa. Ahora probaremos la izquierda. Fuimos unos ingenuos al esperar que Sheba nos diera un buen consejo.

Resultó más fácil entrar en el pasaje de la izquierda. Al principio era recto, y más ancho que el otro, y el suelo de arena era blando. Pero una vez más la llama de la antorcha no parpadeó. Siguieron andando sin cesar, doblando recodo tras recodo, cada vez más perplejos. El plano nunca les había fallado.

El suspiro era más fuerte ahora. Llenaba sus oídos y susurraba a su alrededor. Rowan percibió un olor. Un olor a humedad, a moho, a oscuridad fría y espesa.

Al principio, pensó que eran imaginaciones suyas. O los hongos brillantes de las paredes. Los frotó con las manos y olió. No. Los hongos no olían a nada.

Jonn *el Fuerte*, que marchaba en cabeza, aminoró la velocidad y se detuvo en la siguiente curva.

—Continúa adelante, Jonn —dijo Marlie, impaciente—. ¡Cuanto más deprisa vayamos, antes saldremos de aquí!

—El túnel está empezando a descender —dijo Jonn—. Las paredes son lisas, sin asideros, y la arena dificultará nuestro avance.

—No me gusta este lugar —murmuró Rowan—. Parece hermoso, como dice el verso, pero presiento peligro.

«Uno es cruel, el otro leal. Uno es un pasaje, el otro una trampa...».

El miedo aleteó en su pecho.

—Paparruchas —dijo Marlie—. No tenemos alternativa. El otro camino está cortado.

—No del todo —dijo Jonn, al tiempo que se volvía hacia ella—. Hay espacio para gatear. Sería una travesía cruel, pero tal vez sea ese el camino, a fin de cuentas. Recuerda que el verso relaciona «leal» con «trampa». Además, estoy de acuerdo con Rowan. Este lugar huele a muerte.

—¡Los dos sois absurdos!

Marlie empujó a un lado a Rowan y avanzó, sofocado. Agarró la antorcha de la mano de Jonn, dio dos pasos y resbaló. Se revolvió en la arena e intentó levantarse, mientras la antorcha escapaba de sus manos y se deslizaba pendiente abajo.

Y entonces la antorcha cayó. Cayó por el terrible precipicio que había al final del túnel. Cayó y cayó, mientras Marlie chillaba. Por fin, tocó fondo, con un impacto estremecedor.

Arrastraron a Marlie mientras salían del túnel, casi corriendo, con el corazón desbocado al pensar en el destino del que acababan de librarse. Un minuto más, medio minuto, y ellos también se habrían precipitado hacia la muerte por la sima subterránea. Doblaron el último recodo y cayeron de rodillas en la entrada del túnel.

Marlie estaba temblando.

—Lo siento. Lo siento —repetía una y otra vez.

Rowan también estaba temblando. El rostro curtido por la intemperie de Jonn *el Fuerte* se veía demacrado, pero se esforzó por serenarse.

—Si vemos el lado positivo de las cosas, como diría Allun, al menos ahora sabemos que el pasaje de la derecha ha de ser el verdadero camino. —Intentó sonreír—. El túnel es angosto, pero si abandonamos nuestras mochilas y nos llevamos solo lo que cabe en nuestros bolsillos, podremos lograrlo. Tendremos que andar a gatas, y rezar para que no sea demasiado largo.

Rowan tragó saliva cuando pensó en aquel estrecho y oscuro agujero que habían visto en la cueva de la derecha. La idea de internarse en él, sin tener ni idea de adónde conducía ni cuándo terminaría la odisea, era aterradora. La línea roja del plano era larga. Muy larga. Pero no dijo nada. El otro camino sí que había sido una trampa. Casi los había matado. Si querían llegar a la cumbre de la Montaña, tendrían que avanzar a gatas. No había otro remedio.

Encendieron otra antorcha y se encaminaron al pasaje de la derecha. Entraron y siguieron sus curvas, y enseguida perdieron de vista el estanque centelleante. Rowan respiró hondo cuando comprendió la verdad. «Elige el que oculta la luz». Esa era la luz a la que se refería el verso. No la luz de la antorcha, como habían supuesto, sino la luz reflejada en el estanque, oculta a su vista por las revueltas del túnel de la derecha, pero visible durante minutos en el de la izquierda. Habían vuelto a interpretar mal las palabras. «Elige el que oculta la luz, y sabrás que vas por el buen camino». La respuesta estaba allí, dos veces, clara y diáfana. Pero se habían equivocado.

Cuando llegaron al punto en que el pasaje se estrechaba, Jonn, Marlie y Rowan abrieron las mochilas y empezaron a trasladar las posesiones más importantes a sus bolsillos, además de ceñirse la cuerda alrededor de la cintura. Estaba claro que ningún equipaje pasaría por aquel diminuto hueco. De hecho, Jonn *el Fuerte* y Marlie ocuparían casi por completo el espacio, y el avance sería lento e incómodo, sin posibilidad de volver atrás.

—Antes de empezar, comeremos —dijo Jonn, y señaló la comida que habían desechado—. No sabemos cuándo tendremos otra oportunidad.

Rowan se acuclilló en el suelo y empezó a mordisquear un poco de pan y queso. Tenía el estómago vacío, pero también revuelto por el miedo y el agua amarga que había tragado en el estanque negro. Pensó que nunca había disfrutado menos de una comida.

Marlie se agachó sobre su mochila, con la respiración alterada. Obvió la comida que Jonn le ofrecía. Rowan se preguntó si estaba enferma. No había parecido la misma desde que entraron en las cavernas, salvo durante la breve travesía a nado. Ahora, era evidente que estaba angustiada. El sudor perlaba su frente y se mordió los labios cuando sacó su manta y la apartó con dedos temblorosos.

—Marlie... —Jonn *el Fuerte* habló en voz baja. Ella se puso rígida, pero no levantó la cabeza—. Marlie —repitió él—. Es el túnel, ¿verdad? Lo que te preocupa es la estrechez del túnel.

—No tengo miedo —dijo Marlie en voz alta, pero no levantó la vista.

—En cuanto empecemos, Marlie, no habrá vuelta atrás —dijo Jonn—. Si crees que no puedes hacerlo, deberías decirlo ahora. Has estado nerviosa desde que entramos en las cavernas. Todos

nos hemos dado cuenta. Tienes miedo a los espacios cerrados.

—¡No! No tengo miedo —repitió Marlie, pero lo dijo con voz estrangulada. Echó atrás la cabeza y miró a Jonn a los ojos. Temblaba de miedo y ansiedad—. Estoy dispuesta —dijo—. Empecemos.

Caminó hacia la estrecha abertura y se tiró al suelo. Empezó a internarse poco a poco en el túnel. Vieron que su cabeza y sus hombros desaparecían en la penumbra, después su cuerpo, después sus piernas y pies. Percibieron la agonía de su mente como si fuera algo tangible. Pero lo único que podían hacer era esperar. Solo cuando por fin su ánimo se quebrantó, y empezó a chillar y a jadear, a gritarles y a golpear las paredes de roca, fueron capaces de actuar. Solo entonces pudieron sacarla de la prisión asfixiante que su miedo había erigido, y la ayudaron a respirar de nuevo y a acallar sus sollozos.

—Pensaba que podría superarlo —lloró—. Estaba segura de que esta vez, por una misión tan importante, podría conseguirlo. Pero es superior a mí, Jonn. Siempre lo ha sido.

Sepultó la cabeza entre las manos.

—No pasa nada, Marlie. Tranquila —la calmó Jonn.

—No soporto los lugares cerrados —susurró Marlie—. Pero cuando no puedo levantar la cabeza ni los hombros, cuando no puedo mover los brazos con libertad, es como si no pudiera respirar. Ni siquiera puedo envolverme en una manta, a causa de este temor.

Levantó la cabeza y aspiró una bocanada de aire.

—Eso me pareció anoche —dijo Jonn, sonriente—. Pensé que tal vez eras inmune al frío.

—¡Casi me quedé helada! —Marlie consiguió devolverle la sonrisa—. Lo siento muchísimo, Jonn. Y Rowan... ¿Qué haremos ahora?

—Habrás que hacer lo que se debe —replicó Jonn con sencillez—. Yo seguiré. Tienes una brújula. Rowan tiene el plano. Los dos os reuniréis con Allun, y volveréis juntos a Rin. Si seguís con cautela el camino por el que vinimos y os acordáis...

Marlie le miró horrorizada.

—¡Pero no puedes continuar solo! ¡No puedes, Jonn!

—Debo hacerlo, Marlie. Tú lo sabes.

—¡No! —Rowan oyó su propia voz, que resonaba en la cueva. Notó que le ardía la cara—. No puedes enviarme a casa. Yo tengo el plano. Tú necesitas el plano. Quedan dos espacios en blanco. Y dos versos de advertencia. Has de saber qué son, Jonn *el Fuerte*. Has de llevarme contigo.

—No puedo hacerlo, Rowan.

Jonn meneó la cabeza.

—No regresaré —gritó Rowan—. No puedes obligarme. —Corrió hacia la entrada del pasaje y se sentó delante—. Debo sostener el plano para que lo examines. Debo encontrar agua para los bukshah. Se lo prometí.

Apretó la mandíbula.

Jonn le miró en un silencio impotente.

Marlie sonrió.

—Parece que has encontrado la horma de tu zapato, Jonn. El hijo es igual que la madre. —

Observó a Rowan con curiosidad—. ¿Quién lo habría pensado?

Jonn vaciló y, por fin, se rindió.

—Muy bien —suspiró—. Lo que haya de ser, será, y Sheba se saldrá con la suya. —Apoyó su manaza sobre el hombro de Marlie—. Adiós, Marlie. Buena suerte en tu viaje de vuelta. Recuerda todo lo que hemos aprendido. Esta vez, afrontarás los peligros bien preparada. Sobrevivirás. Dile a Allun que los cuatro volveremos a encontrarnos en Rin. —Se plantó al lado de Rowan en dos zancadas—. Vamos, antes de que alguno de los dos cambie de opinión, conejo escuchimizado. Ve tú primero.

—Id con cuidado —dijo Marlie cuando desaparecieron en el túnel—. Id con cuidado, Jonn *el Fuerte* y Rowan de los bukshah.

Su voz resonó en la cueva, y después se desvaneció en el silencio.

«Ahora —pensó Rowan en la oscuridad—, somos dos».

12 ∞ El corazón más valiente



Rowan se arrastraba con los ojos cerrados. Había descubierto que era mejor así, antes que afrontar la negrura que se extendía ante ellos. Le sangraban las manos, arañadas por la roca. Le dolían las piernas a causa del cansancio. Oía a Jonn *el Fuerte* detrás, gruñendo debido al esfuerzo, pues las paredes aplastaban sus anchos hombros. Hacía mucho rato que habían dejado de hablar.

El pasaje había descrito círculos y vuelto sobre sí mismo muchas veces. Gateaban y descansaban, gateaban y descansaban, en una pauta de pesadilla que se repetía una y otra vez.

En dos ocasiones, se habían quedado dormidos y despertaron en la oscuridad, gritándose mutuamente, presas del pánico. Ahora ya no sabían cuánto tiempo llevaban en el túnel. Tampoco sabían si era de día o de noche. Solo sabían que iban subiendo. Arriba, siempre arriba.

«Siete corazones partirán de viaje. De siete maneras se romperán los corazones».

Las palabras de Sheba daban vueltas en el cerebro agotado de Rowan. La Montaña había golpeado cinco veces. De cinco maneras diferentes, cinco corazones valientes se habían visto obligados a retroceder, avergonzados, y abandonar su misión. Ellis, Bronden, Val, Allun, Marlie. Todos vencidos. Ahora, solo quedaban él y Jonn. Los últimos dos corazones que la Montaña esperaba romper.

El túnel se estrechó y llegó a otro recodo. Oyó con desesperación el roce de las botas y la ropa de Jonn contra la roca, los jadeos cuando se impulsaba hacia adelante y después se quedaba quieto. Las paredes del túnel dificultaban todos los movimientos de Jonn. Durante todo ese tiempo había sido incapaz de alcanzar su cantimplora, o la de Rowan, para beber. Estaba al borde del agotamiento. Y Rowan también. Si encontraban algún obstáculo (una roca caída, lo que fuera), estarían perdidos. Rowan sabía que no tendría fuerzas para moverse. Y Jonn estaba encajado detrás de él. El pánico se apoderó de él, como tantas veces desde que aquel terrible viaje empezara. Cerró los ojos con más fuerza y respiró profundamente. Hacer eso le ayudaba.

Estrella también colaboraba. Rowan dobló el recodo, pensando en Estrella, el ser más pacífico y cariñoso que conocía. Se imaginó andando a su lado hasta la charca de los bukshah al anochecer, con la mano sobre su crin, la brisa fresca en la cara. El miedo murió en su interior. La imagen adquirió más intensidad. Casi podía ver la charca de los bukshah, y a Estrella inclinando la cabeza para beber. Casi podía oler la hierba pisoteada, los cultivos del huerto. Y casi podía sentir la brisa fresca en la cara. Sonrió en la oscuridad. Era extraordinario. Podía sentir esa brisa. Como si...

Rowan abrió los ojos. Miró, se humedeció los labios y gritó cuando la brisa, la brisa fresca, la brisa helada, le dio de lleno en la cara.

—Jonn —chilló—. ¡Vamos! ¡Ya hemos llegado! ¡Hemos llegado!

Se impulsó hacia adelante, cada vez más deprisa, indiferente a las heridas de sus manos y al dolor de sus piernas entumecidas, hacia el origen de aquel viento gélido y el destello blanco que lo llamaba. Y detrás de él, en un último y desesperado esfuerzo, gateaba Jonn.

Unos agónicos minutos después, estaban tendidos juntos en el suelo de una caverna poco profunda que se abría al aire libre. Hacía mucho frío. El viento aullaba, y veían la nieve iluminada por la luna.

—Agua... —dijo con voz ronca Jonn, silbando entre sus labios agrietados.

Rowan acercó la cantimplora a la boca de Jonn y le miró, aterrado. La roca había desgarrado la ropa de Jonn en muchos lugares, y se veía su piel arañada y ensangrentada. Tenía la cara muy pálida y los ojos cerrados. El agua resbaló de su boca y cayó al suelo. No paraba de temblar.

El viento había arrastrado al interior de la cueva ramitas y hojas secas. Rowan las juntó, localizó las yescas de Jonn y consiguió encender una hoguera.

Proyectaba humo y chisporroteaba, pero al menos les proporcionó un poco de calor.

Jonn *el Fuerte* estaba inmóvil. Rowan esperó, con las manos enlazadas, angustiado. Al cabo de un rato, un poco de color empezó a extenderse sobre la cara del hombre. Se removió y abrió los ojos.

—Estamos sobre la nube, Rowan —murmuró—. Creo que hemos estado bajo tierra una noche, un día y parte de otra noche. A estas alturas, si están a salvo, Allun y Marlie ya habrán regresado a Rin. Y nosotros casi hemos llegado al final del viaje. El plano...

Rowan desenrolló el plano. Siguió con los dedos el sendero que habían tomado, el cual ascendía sobre la nube.

—Casi hemos llegado a la cumbre de la Montaña —dijo poco a poco—. Y cerca de nosotros, muy cerca, tiene que haber otra cueva, o algo por el estilo. Muy grande. Muy profunda. La línea roja termina aquí...

Tragó saliva. Sus ojos se habían desplazado hasta el penúltimo espacio en blanco.

—¿Y el verso? —La voz de Jonn era muy débil—. Lee el verso.

Rowan lo leyó en voz alta, mientras el mapa se agitaba en sus manos temblorosas.

***Fuego, agua, tierra y aire,
todos se reúnen en la guarida del Dragón.
Seis corazones valientes han fracasado en la prueba
uno continúa la búsqueda.
Recuerda bien las palabras que conoces
cuando en busca de tu destino vayas.***

—Bien —dijo Jonn, y cerró los ojos.

«El corazón más intrépido seguirá...».

—¡Pero Jonn, este verso no dice la verdad! —gritó Rowan—. Somos dos. ¡Dos!

Jonn se humedeció los labios con la lengua.

—No, Rowan. Estoy acabado. Has de dejarme aquí y seguir solo. Tal como Sheba predijo. Volvió la cabeza.

«Cuando el sueño sea la muerte y la esperanza haya desaparecido».

El fuego osciló por última vez y se apagó.

«El sueño es la muerte...».

—¡Jonn! —chilló Rowan aterrorizado. Sacudió el hombro de Jonn con violencia, de manera que el hombretón se removió y gimió—. ¡No te duermas, Jonn! Hace demasiado frío. ¡Estás demasiado débil! ¡Te congelarás! ¡Morirás! ¡Despierta, Jonn! —Jonn no se movió. Rowan sollozó y golpeó el suelo—. ¡No puedo dejarte solo, Jonn! ¡Sabes que no puedo! ¡Sheba no predijo esto! Sheba dijo que el corazón más intrépido seguiría adelante. Eso dijo. Y yo no soy el corazón más intrépido. ¡Tengo miedo de todo! ¡De todo!

Los labios pálidos de Jonn se curvaron.

—Sí, conejo escuchimizado, sí... —murmuró—. Con miedo, escalaste la Montaña. Con miedo, afrontaste sus peligros. Con miedo, seguiste adelante. Esto es auténtica valentía, Rowan. Solo los locos no tienen miedo. Sheba lo sabía. Sheba lo supo todo desde el primer momento.

Rowan le miró fijamente. Poco a poco, una calma gélida se apoderó de él. Sabía lo que debía hacer.

—Duerme —susurró—. Yo te cuidaré.

Rowan se acercó a la entrada de la cueva. Se quitó la chaqueta y envolvió sus manos con ella. Después, las hundió en la nieve y empezó a erigir una muralla de nieve alrededor de la entrada, llenando el hueco hasta que solo quedó un diminuto agujero para dejar que el aire penetrara. Tardó mucho rato, y, pese a la chaqueta, le dolían las manos de frío cuando al fin se dio por satisfecho.

Jonn *el Fuerte* yacía hecho un ovillo junto a las cenizas de la hoguera. Ya hacía más calor en la cueva, pero aún no era suficiente para ponerlos a salvo. Rowan se puso la chaqueta. Tambaleante de cansancio, recogió algunas piedras y las puso en las cenizas, y después posó sobre ellas las dos antorchas que Jonn y él habían cargado a través de la Montaña. Encendió las antorchas y vio que prendían, y luego las dejó en el suelo para que ardieran poco a poco. Se tendió al lado de Jonn, para darle el calor de su cuerpo.

Las antorchas calentarían el aire. Calentarían las piedras. Las piedras conservarían el calor después de que el fuego se apagara. «Y la esperanza haya desaparecido...». No, el verso no contaba con él. Aún le quedaba corazón, y esperanza. Ahora, con suerte, la aurora los encontraría vivos. Después, ya verían.

Rowan cerró los ojos por fin y durmió.

Tuvo un sueño profundo y sin pesadillas, y cuando despertó, pensó al principio que el tiempo no había transcurrido. Pero entonces vio la pálida luz que entraba en la cueva a través del agujero del muro de nieve y tomó conciencia del silencio. Estaba amaneciendo, y el viento había amainado.

Rowan se incorporó y miró a Jonn con el corazón acelerado. Notó su calor y que respiraba.

Rowan sacudió con suavidad su hombro.

—Jonn —susurró—. ¡Jonn! Despierta. Ya ha amanecido. Y hemos de irnos. Juntos.

Se abrieron paso a través de la nieve. Jonn *el Fuerte* se apoyaba en el hombro de Rowan. Sus botas se hundían en la blancura blanda mientras caminaban, abrían agujeros que lanzaban destellos de un azul helado. Las pisadas de animales que buscaban comida en la noche se cruzaban en su camino, pero los animales no se veían por ninguna parte. En una ocasión, Rowan creyó distinguir un hocico afilado que se movía en una madriguera, pero lo que fuera desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Una espesa nube flotaba a su alrededor. Se deshilachaba sobre ellos hasta formar una tenue neblina, y a su través podía verse el cielo. Era de un rosa claro. «Un día estupendo en Rin», pensó Rowan, y miró hacia atrás, aunque sabía que no vería nada. Rin estaba por allí abajo, pero la nube impedía verlo. Palpó la brújula de Jonn en el bolsillo, el plano en el cinturón. «Cueste lo que cueste, volveré con Jonn a Rin. Veré a madre de nuevo, y a Estrella, y la charca de los bukshah al amanecer. ¡Lo haré!».

Forzó la vista, intentando distinguir algo. Jonn le seguía con un gran esfuerzo y respiraba cada vez más deprisa. Se apoyaba con más fuerza en el hombro de Rowan, pero no se quejaba en ningún momento. Rowan sentía una profunda compasión por sus sufrimientos y se maravillaba de su coraje.

—¿Todo bien, Jonn? —preguntó, con la mayor jovialidad posible—. Casi hemos llegado.

Un repentino recuerdo le asaltó. Un eco de la voz de Jonn *el Fuerte*, diciéndole esas mismas palabras. En el mismo tono, la primera mañana, cuando se alejaban de Rin. Rowan contuvo la respiración. ¿El corazón de Jonn había sufrido por él, como el suyo sufría ahora por Jonn? ¿Y por los mismos motivos? ¿Había estado equivocado sobre Jonn desde el primer momento?

—¡Rowan! —Jonn apretó su hombro—. Creo que veo algo.

Una forma se alzó en el interior de la nube, detrás de una muralla natural de rocas cubiertas de nieve. Era blanca en los bordes y de un azul claro resplandeciente en el centro. Era enorme, alta y ancha. Encima, solo había cielo.

—Hemos llegado a la cumbre —susurró Rowan. Su corazón se aceleró—. Pero...

Se fueron acercando poco a poco. Y al hacerlo, comprendieron. Toda la cumbre de la Montaña estaba hueca, una inmensa caverna de roca, hielo y nieve. Las paredes de la caverna se alzaban hacia el cielo, destellaban bajo la luz del sol naciente como fuego blanco. «Fuego, agua, tierra y aire...». Una gruesa alfombra de nieve en polvo cubría la tierra, desde la entrada hasta la pared de roca donde se encontraban.

Rowan miró fijamente. No había sonidos. Ninguna huella hollaba la lisa alfombra de nieve. Nada había cruzado este lugar desde hacía un día, como mínimo. Tal vez desde hacía muchos días.

Ayudó a Jonn a pasar sobre las rocas, caminaron hacia la entrada de la caverna y escudriñaron con cautela su interior. Blanco. Nada, salvo el blanco cegador y el azul sombrío. Enormes carámbanos adornaban la entrada y el techo. Extrañas formas de hielo cubrían las paredes, se elevaban del suelo. Por todas partes había nieve. Estaban deslumbrados. Avanzaron, parpadeando,

subieron sobre los promontorios y ventisqueros que cubrían el suelo, maravillados.

Rowan se volvió hacia Jonn para hablar. Vio que su rostro se demudaba. La mirada de horror...

Y entonces, el suelo estalló bajo sus pies. La nieve se dispersó, y una poderosa cola hendió el aire, derribó a Rowan y envió a Jonn *el Fuerte* contra la pared. Rowan, chillando, vio que la parte posterior de la cueva cobraba vida, abría sus ojos color sangre y se lanzaba hacia él, mientras se sacudía hielo y nieve de sus brillantes escamas blancas y desnudaba sus dientes goteantes. Enorme. Anciano. Terrible.

El Dragón de la Montaña.

13 ∞ La respuesta



Rowan chilló, a la espera del aliento cálido, las garras y los colmillos que le depararían una muerte horrible. Pero no llegaron. Apartó las manos de los ojos, aterrado. El Dragón estaba muy cerca. Le estaba mirando. Sus ojos de serpiente estaban clavados en los suyos, autoritarios.

—Jonh —dijo Rowan en voz baja, sin desviar la vista—. ¿Jonh *el Fuerte*?

—Estoy aquí —fue la respuesta—. La cola del animal me tiene aplastado contra la pared. No puedo moverme. Sálvate si puedes, Rowan.

El Dragón gruñó. Volvió la cabeza hacia la voz de Jonh, y después miró a Rowan de nuevo. Balanceó su enorme cuerpo y se rascó la parte blanda del cuello, donde había heridas de muchos días atrás, con costras de sangre seca. Sus ojos eran pozos rojos de ira y... algo más. Rowan lo vio y reconoció asombrado lo que era: el dolor de un animal indefenso.

Se puso en pie poco a poco, sin apartar la mirada en ningún momento.

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja, con la voz que utilizaba con los bukshah.

El Dragón bajó la cabeza y abrió las mandíbulas. Emitió un profundo gemido gutural. Los dientes afilados como agujas desprendieron sangre aguada que cayó a los pies de Rowan. Un aliento cálido y apestoso azotó su rostro. Rowan se encogió, pero el Dragón tampoco atacó esta vez.

—¡Rowan! —susurró Jonh *el Fuerte*—. Retrocede muy despacio y vete. Tú llevas el plano y la brújula. Vuelve a casa. Tienes una oportunidad. ¡Aprovéchala!

Rowan apenas le oyó. Estaba mirando las marcas de garras alrededor del cuello del Dragón. De repente, una idea se formó en su mente, clara como el agua. Paseó la vista alrededor de la cueva. Ni huesos, ni carne. Solo nieve fresca.

—No has comido —dijo al Dragón, como si estuviera hablando con Estrella—. No has ido a cazar. Pero mana sangre de tus mandíbulas. —Miró al Dragón a los ojos. Mucho tiempo antes, en un lugar muy diferente, y en un par de ojos muy distintos había visto esa misma mirada. Si pudiera ganarse la confianza de la bestia... Tomó una decisión y respiró hondo—. Creo que sé lo que te pasa. Y puedo ayudarte —dijo—. Soy tu amigo. Amigo.

El Dragón le miró sin parpadear.

—Quédate quieto —dijo Rowan.

Se acercó más. Miró en el interior de la boca roja y goteante, y luego se inclinó más, y más, hasta encontrar lo que buscaba.

«Mira en las feroces fauces del miedo, y verás la respuesta clara y simple».

El hueso era blanco y afilado. Se había encajado entre un diente y la parte posterior de la

garganta del Dragón, del mismo modo que le había pasado a Estrella con una ramita. Rowan le había quitado la ramita. Podría sacar este hueso.

Trabajó con delicadeza, consciente de la agonía que sufría la bestia. El Dragón gruñó. Un movimiento en falso, y las terribles mandíbulas se cerrarían al punto. Poco a poco, Rowan aflojó el hueso. Por fin, con un giro delicado, lo liberó. Salió de la boca del Dragón y se volvió hacia Jonn *el Fuerte*, con el hueso en la mano.

—Bien —dijo en voz baja—, déjanos marchar. Te encuentras bien. Ya puedes cazar. Déjanos...

Los ojos del Dragón centellearon. Se alzó sobre sus patas traseras. Batió sus alas blancas escamosas. Por fin estaba libre del terrible dolor que había acallado su rugido y apagado su fuego durante tantos días. El dolor que le había impedido salir a cazar, volando en el cielo sobre su reino de nubes. Estaba libre... y hambriento.

Rugió, y el sonido fue como un trueno, vibró y resonó en las paredes de la madriguera. Cayeron carámbanos del techo de la cueva, se hicieron astillas en el suelo, y la tierra se estremeció. Rugió de nuevo, y cortinas de fuego brotaron de su boca y de las ventanas de la nariz, fundieron el hielo y la nieve, elevando vapor, que se mezcló con las llamas y el humo asfixiante.

Después, se volvió hacia Jonn. El hambre ardía en sus ojos rojos. Aún no iba a atacar al muchacho que le había curado con sus manos delicadas, pero el hombre era algo muy diferente.

—¡No! —gritó Rowan. Corrió al lado de Jonn, patinando en el suelo helado de la caverna. Se arrojó junto al hombre indefenso y le protegió con su cuerpo.

El Dragón se retorció y rugió, y Jonn emitió un grito de agonía cuando el movimiento le aplastó todavía más contra la pared de la cueva. Rowan sacó su puñal y acuchilló con desesperación la cola del Dragón, pero la hoja se dobló y partió contra las brillantes escamas blancas. Era inútil. El Dragón emitió un aullido de rabia y escupió una muralla de llamas que chamuscó el pelo y las cejas de Rowan. Una y otra vez las llamas los acosaron. Se acurrucaron juntos.

—Rowan —gimió Jonn—, está intentando asustarte para que te vayas. Solo me quiere a mí. Vete mientras puedas, por el bien de Jiller. Se lo prometí, Rowan. Yo estoy acabado. Te lo suplico. ¡Vete!

Pero Rowan no quería rendirse. Tenía que obligar al Dragón a mover la cola para que Jonn pudiera huir. Tenía que hacerlo antes de que el Dragón perdiera la paciencia y les matara a los dos. Pero carecía de armas.

—¿Qué haré? —gritó—. ¡No sé qué hacer!

«Recuerda bien las palabras que sabes...».

—¿Qué palabras? ¿Qué palabras? —gimoteó Rowan—. Oh, por favor...

—El plano. —Oyó la débil voz de Jonn *el Fuerte* a su lado—. Rowan...

Rowan, agachado, sacó el plano del cinturón y lo desenrolló.

«Recuerda bien las palabras que conoces».

El último espacio en blanco estaba lleno. Las palabras oscilaron ante sus ojos. Las palabras que sabía, en efecto. Las palabras que había oído por primera vez con un escalofrío de miedo, las

palabras que habían invadido sus sueños y atormentado sus pensamientos en los largos días transcurridos desde entonces:

Siete corazones partirán de viaje.

De siete maneras se romperán los corazones.

***El corazón más intrépido seguirá adelante,
cuando el sueño sea la muerte y la esperanza
haya desaparecido.***

***Mira en las feroces fauces del miedo
y verás la respuesta clara y simple,
y luego desecha toda idea de volver al hogar,
porque solo entonces habrá terminado tu búsqueda.***

Todas las profecías se habían cumplido, excepto la última. La última, y la más terrible. Y ahora había llegado el momento.

Rowan enrolló el plano y extrajo la brújula de Jonn del bolsillo. Esperó el momento oportuno. «Y luego desecha toda idea de volver al hogar...». El Dragón echó hacia atrás la cabeza y rugió de nuevo, furioso. El suave cuello, arañado y desgarrado por sus propias garras en su esfuerzo por la Montaña. Y con ella cayeron Rowan y Jonn, sin aliento y sorprendidos, sacudidos de un lado a otro como tapones de corcho en la corriente. Rowan contuvo el aliento y trató de ponerse en pie. Estaban bajo tierra. Bajo el hielo. Ya no veía al Dragón. Ya no veía el cielo. El agua le estaba empujando. No podía resistir su fuerza.

Todo era oscuridad y roca pulida como el cristal, agua helada y el estruendo de la corriente. Rowan llamó a Jonn y agarró su mano. Al instante, supo qué había sucedido. Habían descubierto el secreto del río. El agua dulce levantaba espuma a su alrededor, los continuaba empujando. La habían liberado de su prisión de hielo. Ahora podía correr con libertad. Y corría por el largo y empinado túnel que atravesaba el corazón de la Montaña. Y los arrastraba con ella. Hacia el pueblo de Rin.

‡ ‡ ‡

Val y Ellis habían despertado antes del amanecer debido a unos leves golpecitos en la puerta del molino. La habían abierto para encontrarse con una pesadilla: Allun y Marlie, sucios y andrajosos, casi desmayados de agotamiento y sed. Los habían conducido al interior, curado sus heridas y proporcionado comida y agua. Después, habían escuchado el relato del espantoso viaje que los dos habían compartido al volver sobre sus pasos a través del pantano y el bosque, hasta la cumbre del risco, para luego bajar al pie de la Montaña. Intercambiaron miradas graves cuando averiguaron lo sucedido en las cuevas.

—Jonn *el Fuerte* era un hombre valiente —dijo Val por fin.

—¡Hablas como si estuviera muerto! —exclamó Allun, al tiempo que apartaba su vaso.

—Si no lo está —replicó impasible Val—, pronto lo estará. Y Rin con él. Está en la Montaña, solo. No puede triunfar. Ni sobrevivir.

—No está solo —protestó Marlie—. Rowan le acompaña.

Val y Ellis la miraron como si estuviera loca.

—¿De qué le va a servir a Jonn un alfeñique asustadizo como Rowan? —preguntó Val—. Necesita un compañero fuerte y valiente que...

—Tenía cinco compañeros fuertes y valientes. —Allun levantó la *cabeza*, y la miró a los ojos—. Y todos salieron huyendo.

Marlie sepultó la cara entre las manos.

Ellis habló por fin:

—Pronto amanecerá. Hemos de ir a ver a Jiller —musitó—. Estará en los campos de los bukshah, cuidando de las bestias. Hemos de contarle lo que ha pasado.

Los cuatro salieron del molino con el corazón contrito. El cielo era de un color rojodorado cuando llegaron a la charca seca. Vieron a Jiller con Annad, llevaba el chal bien ceñido alrededor de su cabeza. Estaba mirando la Montaña, temblorosa a causa del viento helado. Después, se volvió y los vio. La tristeza de su rostro se convirtió en terror.

—¡Allun! —gritó—. ¡Marlie! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Rowan? ¿Dónde está Rowan?

Entonces, empezaron a oírse los rugidos procedentes de la cumbre de la Montaña. Y ya no cesaron.

Estrella levantó la cabeza y llamó a Annad y Jiller. Annad no la oyó. Tenía los brazos alrededor de la nueva cría de Aurora, consolándola porque temblaba al oír los rugidos del Dragón. Jiller, con profundas ojeras bajo sus ojos enrojecidos, estaba de pie, muy rígida, entre Allun y Marlie. Solo oía el sonido estremecedor que les llegaba desde la Montaña; solo veía el fuego centelleante que iluminaba el cielo por encima de la nube.

Val y Ellis guardaban silencio. Con ellos estaban Bronden y todos los demás habitantes del pueblo. Todos habían acudido a toda prisa al oír el estruendo. Tenían el rostro levantado, convertido en una máscara de inquietud y pavor. Ninguno prestaba atención a la llamada de Estrella.

Estrella se alejó de la charca seca y empezó a trotar río arriba, siguiendo el lecho seco de la corriente. No sabía qué la atraía hacia allí. Solo sabía que debía ir. Y deprisa.

Una valla le impedía el paso. La apartó a un lado de un empujón, pasó por encima sin prestarle más atención y continuó adelante.

Oyó el grito de Jiller detrás de ella y más voces, pero no miró atrás. La llamada silenciosa era más fuerte ahora. Se puso a correr.

—¡Estrella! ¿Qué pasa?

La estaban persiguiendo. Oyó la voz sollozante de Jiller, y el ruido de muchos pies. Corrió más deprisa.

El lecho del río se veía marrón y vacío a su lado. Había tierra, hierba y flores esparcidas bajo sus cascos.

El molino estaba delante, al otro lado. El alto molino de piedra, con su enorme rueda de madera, silencioso durante tantos días.

Y no obstante... Estrella aguzó el oído. Oyó un sonido. Un crujido. Una corriente. ¡Agua! Su garganta agrietada ansiaba agua. Pero también captó otro sonido. Una voz que conocía.

—¡Estrella! ¡Estrella! ¡Estrella!

Estrella contestó a la llamada. Entró en el lecho seco del río. Se precipitó hacia el lugar de donde procedía el sonido: el canal del molino, donde la gran rueda crujía y se esforzaba. ¡Agua dulce! Sus ollares se impregnaron del olor. Porque el agua estaba llegando, en una ola que se elevaba más a cada segundo que pasaba, que caía entre las orillas del río, empujaba las palas de madera de la rueda del molino y descendía hacia Rin.

Estrella recibió el impacto de la ola. Agitó la cabeza y se abrió paso entre la espuma, sin hacer caso de los fragmentos de madera y las piedras que golpeaban sus patas, sin hacer caso de las ansias de detenerse y saciar su sed. Corrió hasta el canal del molino que había junto al río. Y con un gemido de amor, alivio y placer, llegó a la rueda del molino y empujó el hocico contra la mano del muchacho, que se aferró a ella.

Inclinó la cabeza para recibir el peso, al que guio hasta su ancho lomo, y sintió que unas manos aferraban su crin. Poco a poco, con mucho cuidado, atravesó la corriente espumeante y llegó a la orilla opuesta, sin mirar la gran rueda, que cedió por fin a la presión del agua y empezó a girar, aplastando las ramas y palos atrapados entre sus palas. Salió del agua. Sentía las manos de Rowan aferrando su lana, mientras caminaba dando tumbos a su lado. Oyó la voz de Rowan en su oído.

Le estaba hablando, como siempre hacía. Y estaba hablando al hombre tendido sobre su lomo. Les decía a los dos:

—Todo va bien. Ya estamos a salvo... Ya estamos en casa...

Rowan pasó los dedos entre el pelaje suave y húmedo de Estrella.

—En casa —repitió, y saboreó la palabra en su lengua. Su mente daba vueltas. Todo había sucedido con mucha rapidez. Su viaje desde Rin hasta la guarida del Dragón había durado cuatro largos días, con sus noches. Su regreso, aquel descenso aterrador a través de la corriente subterránea, no se había prolongado más de unos minutos.

Parecía increíble que estuviera aquí, a salvo en el valle, con la hierba bajo sus pies y la brisa de la mañana en la cara. Cerró los ojos con fuerza, de repente temeroso de que fuera un sueño, de que siguiera en la cumbre de la Montaña con el fuego, el hielo, el terror y la desesperación. Pero cuando volvió a abrirlos, los verdes campos de Rin seguían delante de él, y Estrella, y el río burbujeante. Era cierto. Ya estaban en casa. Ya estaban a salvo. El agua había vuelto a Rin. Y ellos con ella.

—¡Rowan! ¡Rowan!

Un grito vibró en la distancia. Rowan alzó la vista. Una figura corría hacia ellos, junto a la orilla del río. Era Jiller quien le llamaba, con los brazos abiertos. Annad la seguía un poco atrás, y mucho más atrás apareció una multitud. Daba la impresión de que todo el pueblo había ido, de que corría hacia él. Cuando la gente estuvo más cerca, Rowan oyó que vitoreaban, gritaban, reían de

alegría. Pero tenía los ojos nublados y no veía bien las caras. Solo vio la de Jiller cuando llegó por fin y le estrechó entre sus brazos, como si nunca lo fuera a soltar.

Rowan se abrazó a ella, escuchó las palabras que le repetía una y otra vez, sintió su alivio abrumador y el agradecimiento que experimentaba por el regreso del hijo al que creía haber perdido, y de su amor, que por fin comprendía. Y en aquel momento, el antiguo y frío dolor de su corazón se fundieron como la nieve delante del fuego, sin dejar el menor rastro.

Juntos levantaron a Jonn del lomo de Estrella y se arrodillaron a su lado.

—Creo que tiene la pierna rota —dijo Rowan en voz baja—. Le duele mucho, pero está vivo.

Jonn abrió los ojos y vio los dos rostros preocupados que le contemplaban. Tan distintos, y al mismo tiempo tan parecidos. Intentó decir algo, hizo un esfuerzo por levantarse y volvió a desplomarse con un gemido.

—Estáte quieto, Jonn —suplicó Jiller—. No intentes hablar. No es necesario.

El hombre herido se humedeció los labios agrietados con la lengua.

—Sí, es necesario —dijo. Rowan se dio cuenta de que cada palabra significaba un esfuerzo para él, pero estaba decidido a continuar—. Hay algo que debo decirte, Jiller. Prometí... Prometí que te devolvería a tu hijo. Pero ha sido Rowan quien me ha devuelto a casa. Me obligó a continuar cuando de buena gana me habría entregado al abrazo de la muerte. Luchó contra el frío y el fuego por mí, cuando habría podido salvarse. Se enfrentó solo al Dragón.

Rowan se agachó sobre la hierba, con una mano en la de Jiller y la otra apoyada sobre el pecho de Jonn. No había oído la llegada de la multitud congregada a su alrededor. No vio las miradas de estupor en sus rostros cuando escucharon las palabras de Jonn. Pero este sí. Alzó la voz al precio de un gran esfuerzo.

—Es gracias a Rowan que el río fluye de nuevo —dijo—. Nunca se rindió. No quiso. El más pequeño y débil de entre nosotros ha demostrado ser, al final, el más fuerte y valiente. Rin estará siempre en deuda con él.

Se hizo el silencio. Un pájaro trino en un árbol cercano. Y, después, se oyó un gran estrépito. Rowan giró en redondo, sobresaltado. Vio que la gente le aclamaba. Allun y Marlie, con la cara todavía manchada de barro, gritaban y reían, y se daban palmadas en la espalda. Bronden aplaudía, y los molineros, Val y Ellis, se miraban asombrados. Neel, el alfarero, con la boca abierta en una amplia sonrisa, la gente de los jardines, y Timón, el maestro. Y todos los demás.

—¡Rowan, Rowan! —aclamaban—. ¡Rowan de los bukshah! ¡Rowan de Rin!

Jonn sonrió.

—Conejo escuchimizado... —susurró y, satisfecho, vio que Rowan empezaba a reír.

Estrella murmuraba para sí. Se alejó en silencio y avanzó pesadamente hacia el borde del río, ahora lleno de agua dulce y transparente. Escuchó. Alegres bramidos llegaban desde el pueblo. El agua había llegado a la charca de los bukshah.

El rebaño estaba a salvo. Rowan estaba a salvo. El río fluía de nuevo.

Todo era como debía. Estrella bajó la cabeza, y bebió por fin.

FIN



JENNIFER JUNE ROWE. Nació en Sydney, Australia, 2 de abril de 1948. Escritora australiana, cuya novela negra se publica bajo su propio nombre, y sus libros para niños bajo el seudónimo de EMILY RODDA DICKINSON y MARY-ANNE.

Se licenció en Literatura Inglesa en la Universidad de Sydney en 1973, y trabajó varios años como editora, primero para varias editoriales, y después para una revista.

Durante esa época comenzó a escribir libros para niños bajo el seudónimo de Emily Rodda (nombre de su abuela). Su primer libro, *Algo especial*, fue publicado en 1984 y ganó el premio *The Australian Children's Book Council Book of the Year for Younger Readers*.

De 1984 a 1992, Rowe continuó su carrera en el mundo editorial, y luego como editora de *Australian Women's Weekly*, escribiendo novelas en su «tiempo libre». En 1994, Rowe se convirtió en escritora a tiempo completo. Ahora divide su jornada laboral entre las consultorías para los editores de libros y su propia escritura.

Algunas de sus novelas han sido llevadas a televisión y ha recibido numerosos premios.